

# REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

- 1915 -

TOMO II

(JULIO-DICIEMBRE)

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
MEDÉLLIN  
BIBLIOTECA  
DIRECCIÓN

BOGOTÁ  
República de Colombia.

---

Casa editorial de Arboleda & Valencia.  
Bogotá - Calle 10, números 186 y 186-A.

REVISTA MODERNA

# REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO II = BOGOTÁ, JULIO DE 1915 = N.º 7.º



Ch. Gill, pinxit.

BOLIVAR EN 1810

(Colección del historiador Jules Mancini).

## REDENCION FERROVIARIA

---

### DE BOGOTÁ A LA DORADA DIRECTAMENTE

**P**ARECE que estamos llegando al epílogo de la tortuosa historia llamada Compañía del Ferrocarril de Girardot, y resalta con claridad la urgencia inaplazable de nacionalizar esta línea, con el objeto muy importante, entre otros, de establecer el tráfico por rieles entre Bogotá y La Dorada, suprimiendo todo trasbordo de pasajeros y carga entre la capital de la República y el puerto de embarque en el bajo Magdalena. A nadie se oculta la trascendencia de tal obra, cuya realización sería muy factible una vez que se hayan saldado cuentas con la actual Compañía y se hayan hecho efectivos los créditos que contra ella posee la nación.

Cabe aquí preguntar: ¿cuál es la posición del Gobierno respecto de la Compañía?

Por el momento se halla Colombia en circunstancias muy semejantes a las del Ecuador con el Ferrocarril de Guayaquil a Quito: al Gobierno corresponden responsabilidades y erogaciones, y al contratista utilidades y garantías. Bien sabido es cómo los herederos del señor Archer Harman constituyen, con sus pretensiones, un tropiezo constante para el desarrollo comercial de la República hermana.

Para no agitar lagunas camerinas, quede de lado la larga serie de incidentes cuya cosecha de complicaciones toca recoger hoy. Baste apuntar que el árbitro de la Compañía del Ferrocarril de Girardot, señor Jenks, hábilmente secundado por su coro respectivo, en el cual creemos

reconocer algunas voces familiares, continúa dominando la empresa, escudado tras múltiples avatares: concesionario, constructor, accionista dirigente, tenedor de bonos hipotecarios y de bonos convertidos, etc., y que su grupo ha encontrado manera de oponer nuevas trabas para la nacionalización del ferrocarril y liquidación de la Compañía, paso indispensable para que el país éntre en posesión exclusiva y única de la línea, como lo indican apremiantes consideraciones de orden económico y fiscal.

Para acabar con tan intolerable servidumbre expidió el Congreso la previsorá Ley 115 de 1913, de que fue autor el actual Presidente de la República. Por ella se ordena hacer efectivos los derechos adquiridos con largueza oriental, cuando se recogieron los bonos hipotecarios del ferrocarril.

Dice la Ley 115:

«Artículo 1.º Sancionada esta ley, el Gobierno Ejecutivo promoverá, por medio de representante legal, las acciones necesarias para hacer efectivos los créditos que posee contra la *Colombian National Railway Company Limited* (Compañía del Ferrocarril de Girardot), domiciliada en Londres, y cualesquiera otras acciones conducentes a obtener el remate y adjudicación de la empresa a la nación».

Pero no conviene a la higiene de la Compañía que sea cortado todavía el cordón que la liga al tesoro de Colombia, y el cordón encantado procura volver a anudarse en el punto preciso donde se le quiere cortar. Para llegar a la liquidación hay que deslindar cuentas, y la Compañía llevaba las suyas en Londres en los mismos libros del Cardenal de Albornoz, de memoria, a estilo de conquistador; los archivos de varios años de la obra de construcción fueron incinerados por orden del señor Jenks; a úl-

tima hora han logrado obstruir la conversión de los bonos, con el fin de conservar la existencia de la respectiva Junta y no abandonar el control del ferrocarril, que a estas horas depende aún de la Compañía hasta en los más pequeños detalles, tales como compra de material que el ferrocarril tiene que hacer por conducto de ella para que no se le escapen siquiera descuentos y comisiones. Y a fin de que nada falte, se pretende también que el Gobierno compre cierto número de acciones en la Compañía que es deudora a la nación de sumas suficientes para declararla dos veces en quiebra!

Si la niebla del Támesis no tuviera el poder de perturbar la visión, quizás se hubiera encontrado ya el medio de solucionar las dificultades que han surgido en Londres, y que son menos explicables si se recuerda que el Gobierno tiene mayoría en la Junta Directiva de la Compañía desde años atrás, que en su conveniencia está, seguramente, olvidar que es accionista en ella y recordar sus derechos de acreedor que sí son reales y efectivos, sin temer que naufrague su crédito con la liquidación de una Compañía cuyos títulos nadie cotiza, y sin atender las alarmantes prevenciones que suelen trasmitírsele. Todos sabemos que existe permanentemente un cable sobre determinados escritorios en Londres, cargado de amenazas para Colombia y listo para dispararse en el caso de que la nación pretenda defender sus intereses contra los intereses de los otros: algo semejante, en fin, a aquella sentencia de muerte que estaba siempre escrita y firmada contra un conde de Charolais.

Poseyendo hoy el Gobierno las líneas férreas de Occidente, del Sur, del Tolima, y siendo probable que adquiera un trayecto de la línea del Norte, sería el momento de abordar, si se encuentra conveniente, la obra de que trataremos, que no va envuelta en niebla de complicadas combinaciones financieras, y para la cual sólo faltaría

consumar la nacionalización del ferrocarril de acuerdo con la Ley 115 de 1913.

La iniciativa del proyecto en que vamos a ocuparnos corresponde al muy ilustrado ingeniero señor doctor don Alejo Morales, a cuya galantería debemos los datos técnicos que ilustran la segunda parte de este artículo.

## II

Dueño el Gobierno del Ferrocarril de Girardot, sería conveniente iniciar la solución del problema de comunicación directa entre la capital y el bajo Magdalena, uniformando la paralela del Ferrocarril de la Sabana con la de aquél. Se suprimiría así, para comenzar, el trasbordo de Facatativá.

Decimos conveniente, no porque sea técnicamente lo mejor, sino porque es hoy lo más acertado desde el punto de vista económico. No debe olvidarse que la línea del Pacífico, que en día no lejano será vía de comunicación entre la altiplanicie y el mar, es de yarda, lo mismo que la de Girardot, del Tolima y de La Dorada.

El hecho de angostar la paralela de la Sabana es trabajo fácil y que sólo representa una labor de ocho a quince días de trabajo, con cuarenta cuadrillas prácticas, que se pueden obtener reuniendo las que trabajan en los Ferrocarriles de la Sabana, Sur y Girardot, a fin de ejecutar el trabajo lo más rápidamente posible. El gasto sería aproximadamente de \$ 2.000 por la obra de mano.

Como consecuencia de tal transformación, se impondría la conveniencia de reemplazar los actuales rieles de 40 libras del Ferrocarril de la Sabana, por rieles de 60 libras, para que por ellos puedan viajar con seguridad las máquinas de 60 toneladas del Ferrocarril de Girardot, y para poder usar de mayores velocidades. Consideramos que no es preciso hacer este gasto inmediatamente ni en

un solo contado: se puede ejecutar por pedidos de a 10 kilómetros de línea. El valor de los rieles necesarios para los 40 kilómetros, estimados a \$ 70 la tonelada, como valor muy aproximado, sería de \$ 168.000, poniendo 60 toneladas por kilómetro; y si se le agrega un 10 por 100 por dotación de clavos, eclisas y tornillos, dará un total de \$ 184.800, es decir, correspondería para cada pedido de 10 kilómetros un gasto efectivo de \$ 46.200, poco más o menos, lo que no está fuera de nuestro alcance.

Se debe tener en cuenta que las 1.600 toneladas de rieles de 40 libras que se quitan, pueden venderse fácilmente a \$ 50 la tonelada, precio a que ha vendido Girardot algunos rieles, y el Ferrocarril de la Sabana otros al Tranvía Municipal. De modo que el total de los que se retiren dará un producido de \$ 80.000. Casi el 50 por 100 de lo que costarán los nuevos rieles.

Viene en seguida el problema del material rodante.

Al uniformar la paralela, el servicio de carros se reduce a la mitad para los pasajeros y carga de Girardot, y para el servicio local del Ferrocarril de la Sabana, éste puede utilizar económicamente todos los suyos, reemplazando los carretones por otros del ancho correspondiente, adquiribles al precio aproximado de \$ 700 el par, para cada carro de 1.<sup>a</sup> clase; o sea un gasto de la séptima parte del valor total del carro. Esto en el caso de pedirlos nuevos al exterior, pues también se podría intentar la reforma de los existentes, torneando los ejes para empatar de nuevo las ruedas a la distancia de la yarda, con auxilio de las prensas hidráulicas y de los tornos de los talleres de la Sabana y Girardot. Debe tenerse en cuenta que el ancho de los carros de la Sabana es sensiblemente el mismo de los de Girardot. En cuanto a las locomotoras, cuya adaptación sería más difícil, bien puede el Gobierno utilizarlas en su Ferrocarril del Sur, que carece de material suficiente, y en

la línea del Norte, que, como ya dijimos, quedará de propiedad del Gobierno de Zipaquirá a Nemocón, y en donde serían necesarias tres o cuatro locomotoras, máxime si la línea se prolonga a Chiquinquirá.

Uniformada la paralela, de cuyas ventajas nadie dudará, podría decretar el Gobierno la formación de una Junta Administradora autónoma, compuesta de tres o cuatro miembros y a la cual correspondería disponer la explotación de los cuatro ferrocarriles de propiedad del Gobierno: el del Sur, el de la Sabana, el de Girardot y el del Tolima, y el manejo de los productos líquidos de estas empresas. Los productos deberían aplicarse exclusivamente a la construcción de otras líneas de vital importancia, como lo son la unión de Girardot con Beltrán—a fin de llegar a la solución propuesta de comunicación directa entre la capital y el bajo Magdalena—o la prolongación del Ferrocarril del Tolima o la del Norte o aquellas que por un estudio meditado, y atendidas la cuantía de recursos y las necesidades del país, se vea que son de imperiosa realización.

Las funciones de los miembros de la Junta Administradora deberían ser similares a las de los directores de compañías anónimas; no podrían desempeñar puestos públicos y el nombramiento recaería en personas de reconocida posición social y financiera. Serían responsables ante el Gobierno y elegidos por el Congreso, de suerte que no puedan ser removidos caprichosamente. Su personal se renovará por partes cada año y su remuneración será adecuada a la importancia del cargo.

Analicemos ahora la capacidad productora de los ferrocarriles en los dos años anteriores.

Los productos brutos en 1913 fueron:

Ferrocarril del Sur.....	\$ 87.108 08
Ferrocarril de la Sabana.....	301.701 60
Ferrocarril de Girardot.....	631.514 49
Total.....	<u>\$ 1.020.324 17</u>

El Ferrocarril del Tolima no se hallaba en servicio ese año.

En 1914 produjeron:

Ferrocarril del Sur.....	\$ 104.151 03
Ferrocarril de la Sabana.....	288.726 59
Ferrocarril de Girardot.....	618.174 26
Ferrocarril del Tolima, no hay dato exacto, pero puede calcularse aproximado en....	25.000 ....
Total.....	<u>\$ 1.036.051 88</u>

Como se ve, los productos brutos de los cuatro ferrocarriles no bajan de un millón de pesos oro, aun en el año pasado, cuando el tráfico se afectó desfavorablemente en todas las empresas por motivo de la guerra europea. Es cálculo muy aproximado suponer que el tráfico y la conservación de las líneas se pueden mantener satisfactoriamente con gasto del 50 por 100, y, de consiguiente, se puede asegurar que se dispondría de \$ 500.000 oro anuales para invertirlos en otras construcciones, como ya se ha dicho.

Este producto líquido puede aumentarse con la centralización de la dirección, y lo seguro es que el tráfico también aumente año por año si las líneas avanzan.

Suponiendo que no se disponga más que de este producto, que es real y verdadero, y que lo dedicamos a la prolongación del Ferrocarril del Tolima, tenemos que en

dos años se construirá hasta Ibagué, estimando el costo de cada kilómetro a \$ 20.000 oro y sabiendo que la distancia de Chicoral a Ibagué es de 50 kilómetros. La línea de Girardot a Beltrán se construiría en tres años con los mismos recursos.

Si se prefiere la rapidez en la construcción de las líneas y hasta acometerlas a la vez, podría pensarse en contratar un empréstito que corresponda al pago anual de \$ 500.000 oro por intereses y amortización de capital.

Tal empréstito, con descuento inicial y gastos usuales, debería alcanzar a la suma de \$ 5.000.000, cantidad muy suficiente para la construcción de las tres líneas indicadas, así:

Chicoral a Ibagué.....	\$ 1.000.000
Girardot a Beltrán.....	1.600.000
Nemocón a Chiquinquirá.....	2.000.000
Total.....	<u>\$ 4.600.000</u>

Con el producto del empréstito, o si se prefiere con el de los ferrocarriles, se construiría el puente sobre el río Magdalena en Girardot, obra indispensable con el avance en la construcción del ferrocarril del Tolima, y cuando empezamos a palpar los serios inconvenientes de la solución de continuidad en nuestras vías férreas.

Sobre obra tan importante, que por el momento empalmaría las líneas de Girardot y del Tolima, tiene hecho el doctor Morales un estudio completo y los planos correspondientes. El puente, localizado en sitio a propósito para la fundación de los estribos, ha sido proyectado con luz central de 130 metros y dos de 40 metros a cada lado, por el sistema *cantiliver*, a fin de poderlo armar sin andamios; y el resto en tramos de 40 metros y 20 metros de luz, hasta completar una longitud total de 310 metros de estructura metálica. Se le ha dado la altura suficien-

te para el paso de embarcaciones, aun en altas crecientes del río, y de modo que su nivel superior empalme con el de la línea de Girardot en la Estación. Se ha calculado para esta obra un precio aproximado de \$ 450.000, el cual será rectificado al recibirse de los Estados Unidos datos precisos sobre el costo original de las estructuras metálicas, los que han sido pedidos por los doctores Morales y Felipe Zapata.

En lo relacionado con el paso de trenes por la línea del ferrocarril de La Dorada, pudiera hacerse con esta empresa un contrato semejante a los que tienen celebrados diversas compañías en los Estados Unidos, por ejemplo, para paso de sus trenes respectivos.

Fácilmente se comprende que al nacionalizarse el ferrocarril de Girardot y acabar con el foco de escándalo que constituye la Compañía explotadora; al construirse el puente sobre el río Magdalena, prolongarse la vía férrea hasta Beltrán y reducirse la paralela del ferrocarril de la Sabana, la masa ferrocarrilera de propiedad nacional constituiría en un momento dada sólida garantía y efectivo recurso fiscal para que el Gobierno pudiera hacer uso de su crédito.

Palpables son, por otra parte, las ventajas que en rapidez, comodidad y reducción de gastos y fletes reportarían pasajeros y carga (1).

Para la realización de este programa debemos contar con la energía y patriotismo, de todos reconocidos, del se-

---

(1) La mercancía extranjera que no exceda de 500 kilos de peso, paga por flete de la tonelada de La Dorada a Bogotá \$ 35,30 (\$ 16 de La Dorada a Girardot y \$ 19,30 de Girardot a Bogotá), computándose en ese precio los gastos ocasionados por tres trasbordos. Suprimidos éstos, es de suponerse que baje la tarifa de fletes. La carga de importación podría llegar a Bogotá en la misma fecha de su arribo a La Dorada; hoy invierte varios días, y en ocasiones hasta meses en épocas de falta de agua en el río.

ñor Presidente de la República, ayudado por la colaboración del ilustrado señor Ministro de Obras Públicas.

Ante una actitud enérgica del Gobierno; secundada eficazmente por sus agentes en Londres, la Compañía se verá forzada a descubrirse y ceder en sus pretensiones.

LA DIRECCIÓN.

Julio de 1915.

---

## LA ULTIMA FIRMA DEL ACTA DE LA INDEPENDENCIA

**E**S atrayente, en verdad, el fenómeno de que muchos de los Próceres que nos ayudaron a conquistar la Independencia nacional, en los cabildos, en los campos de batalla, en las murallas de Cartagena, en lo alto del patíbulo, fueran peninsulares. Circunscribiéndonos a la fecha clásica de Colombia, puede afirmarse que fue decisiva la colaboración de los españoles: don José Ramón de Leyva, el Secretario del Virreinato, fusilado más tarde; los jefes de las tropas españolas, Moledo y Córdoba, sin cuya cooperación hubiera sido imposible el movimiento o no hubiese tenido el hermoso distintivo de revolución incruenta; el Alcalde de segundo voto, don Juan Gómez.... Pero ante todos y por encima de todos, don Juan Jurado, prestigioso y venerable Oidor principal, a quien el Virrey delegó poderes, y cuya actuación en uso de ellos fue tan definida que no vaciló en autorizar, el primero, el Acta.

En acreditado diario de esta ciudad escribimos, el 20 de julio de 1914, corta biografía de Jurado, con el título de *La primera firma del Acta*, y como una feliz coincidencia quiso que el último nombre puesto al pie del precio-

so documento fuera también el de un español, queremos recordar hoy al que fue Secretario del Cabildo de Bogotá en 1810, figura interesante que tiene pedestal propio en la galería de nuestra historia, por virtud de sus muchos y muy altos servicios, y a quien tocó escribir de su puño y letra el Acta inmortal.

Título de don Eugenio Martín Melendro a la gratitud nacional el que, siendo español de nacimiento, fuese luego amantísimo hijo adoptivo de nuestra patria. En efecto, nacido en Palencia el 6 de abril de 1770, fue bautizado dos días después como hijo legítimo de don Eugenio Martín y de doña Luisa Melendro; lo que viene a confirmar que el apellido paterno, como aconteció con otros de nuestros próceres, solía quedar eliminado por el materno. Fueron abuelos por la línea de aquél, don Pedro Martín y doña Catalina Bahillo, y por la de éste don José Melendro y doña Teresa del Río. No hay noticia de la época en que vino al Nuevo Reino, mas se sabe que el 19 de diciembre de 1796 contrajo matrimonio en la Catedral de Bogotá con doña Margarita Posadas.

El desgraciado incendio del archivo municipal en 1900 nos impide saber la época precisa en que Melendro entrara a servir la Secretaría del Ayuntamiento de Bogotá, pero es seguro que en 1809 ya hacía varios años que la desempeñaba, como que en tal carácter cúpole autorizar la representación del Cabildo de Santafé a la Suprema Junta Central de España, de fecha 20 de noviembre del citado año, que en nuestro sentir es la página más alta en la emancipación americana. Admirable documento de Estado que, se ha dicho, constituye \*modelo digno de ser consultado. Brillan en él el orden y la claridad de las ideas, la lógica más exacta, la elevación del pensamiento, la fuerza del discurso, la elección en los medios de persuadir, el amor puro de la verdad y la justicia, el más noble patriotismo, la osadía varonil que inspira la virtud, la be-

lleza de un idioma bien hablado, el estilo propio de una obra de este género acomodado a cada una de sus partes, anuncios proféticos que pronto se realizaron, y la combinación difícil de la energía de los argumentos con el respeto debido a la autoridad a quien se hablaba».

Culminaron en esta página histórica el talento, la probidad y la profética visión de su autor, el Demóstenes colombiano, don Camilo Torres.

Curiosos son los detalles de la ejecución material de tal documento. Escrito de letra del Síndico Procurador de Bogotá, doctor José Gregorio Gutiérrez, autor de las famosas *Instrucciones para el Diputado a Cortes*, se halla autorizado por once miembros del Cabildo y rubricadas sus diez y siete fojas por el Secretario de aquel cuerpo. Es decir, que Melendro no sólo autorizó con su firma final sino que rubricó de su mano aquellas páginas gloriosas, que encierran frases de tanto alcance como las siguientes:

«¡Igualdad! Santo derecho de la igualdad: justicia que estribas en esto y en dar a cada uno lo que es suyo. Inspira a la España europea estos sentimientos de la España americana; estrécha los vínculos de esta unión; que ella sea eternamente duradera, y que nuestros hijos, dándose recíprocamente las manos de uno a otro continente, bendigan la época feliz que les trajo tanto bien. ¡Quiera el cielo oír los votos sinceros del Cabildo y que sus sentimientos no se interpreten a mala parte! Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna.

«Santafé, 20 de noviembre de 1809.

«Luis Caicedo (1), José Antonio Ugarte, José María Domínguez del Castillo, Justo Castro, José Ortega, Fernando

(1) Tercer abuelo por líneas paterna y materna del autor de este artículo. Según certificación del Virrey, habría encabezado la lista de los Presidentes de Colombia a no haber fracasado la conspiración del año de 1809.—(Nota de la D.)

*Benjumea, Francisco Fernández de Heredia Suescún, Jerónimo Mendoza, José Acebedo y Gómez, Ramón de la Infiesta Valdés.—El Secretario, Eugenio Martín Melendro».*

Así comenzó Melendro su carrera de servidor de Colombia.

Más tarde debía autorizar, en su carácter de Secretario, el Acta del 20 de julio de 1810, lo que bastaría para acreditarlo como prócer de la Independencia. Y si no fue suficiente, han quedado otros documentos oficiales que lo proclaman gallardamente como tal. Antes de estudiarlos sería interesante examinar un punto en la historia del Acta relacionado con el puño y la letra de Melendro. Nos referimos a los entrerrenglones que en ella aparecían, de los cuales eran más graves los dos primeros que atañían a la Junta de Regencia y al reconocimiento de Fernando VII.

Por muchos años corrió la versión, que escritor tan eminente como don Miguel Antonio Caro, condensa así:

«Se dice con relación al presbítero don Andrés Rodríguez, a quien cupo activa parte en aquellos sucesos y en los padecimientos de los patriotas bajo Morillo, que habiéndose reunido a la entrada de los pacificadores, en casa del doctor Tenorio, varios patriotas comprometidos, se propuso que se rogase al Secretario de la Junta, señor Melendro, que en obsequio de los comprometidos (por hechos sin duda posteriores, pues por sola el Acta no podían estarlo, como se prueba por el valimiento de que algunos de los que la suscribieron gozaron desde un principio cerca de Morillo) se dignase interpolar una frase que dijese adhesión a la Junta; que hubo quien se encargase de la comisión cerca de Melendro y que todos aprobaron lo acordado, excepto, dicen, don Camilo Torres, quien protestó contra la interpolación intentada, como una traza indigna, porque no era eso lo que ellos habían hecho ni dicho el 20 de julio».

El historiador don Eduardo Posada observa que el señor Caro no sabía hasta qué punto era verdadera esa relación, recibida de persona autorizada y con referencia a origen respetable; y desvanece dicha especie aduciendo un documento oficial de gran valor: el Acta, autorizada también por Melendro, de la sesión de la Junta Suprema el 26 de julio de 1810, reunida con el objeto de desconocer, como se desconoció, al Consejo Supremo de Regencia «admitido por el Muy Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, en el Acta de instalación de esta Suprema Junta». No fue, por lo tanto, el Melendro de las noches tenebrosas de la Reconquista sino el Melendro de la aurora del 21 de julio quien trazó, y de orden del Cabildo, el primero y discutido entrerrenglón.

En cuanto al segundo entrerrenglón relativo a Fernando VII, dice don Ignacio Borda, quien estudió a fondo el precioso original del Acta:

«Cuando don José Acevedo dictaba el Acta que don Eugenio Martín Melendro escribía en el humilde cuaderno que más de una vez hemos hojeado con religioso respeto, al llegar al juramento que debía prestar, dictó el uno y escribió el otro estas palabras: «Juramos: . . . derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender nuestra sagrada religión, católica, apostólica, romana, la libertad e independencia de la Patria»; pero reflexionando luégo que los pueblos no estaban todavía en estado de soportar un cambio tan brusco, en que de hecho rompía con el pasado, reemplazaron estas palabras, poniendo, *entre rengiones*, «nuestro amado monarca Fernando VII». El primer pensamiento, pues, que tuvieron nuestros próceres, fue el de la *libertad e independencia*, noble pensamiento que se vieron obligados a aplazar para más tarde, contentándose por entonces con poner los cimientos de la obra que proyectaban».

Y ya que se habla del «humilde cuaderno», no está mal que recordemos, por vía de paréntesis, que según Vergara y Vergara el batallón que tomó el edificio consistorial el 24 de febrero de 1862, rompió la puerta del archivo, y entró y despedazó el Tomo I que contenía las Actas de 1538 a 1540 y la mitad del tomo II que contenía las de 1542. Los tomos III, IV, X, XIII, XIV y XIX fueron destruidos íntegramente, y no quedan de ellos sino los forros de pergamino. La colección sigue corrientemente, tomo por tomo, hasta el XLIV, y llega hasta el año de 1790. Los tomos que contenían las Actas de 1791 a 1827 fueron robados durante el terremoto de 1828, y más tarde por interesados en poseer solares del Cabildo, según se nos ha informado. Existen las Actas desde 1830 hasta 1863, y los dos cuadernos de las Actas de la Junta Suprema, o sea Cabildo abierto de 1810 a 1811.

Prosigue Borda en 1894:

«Poquísimo de lo que dice Vergara y Vergara quedara existente después de 1865, se conserva aún. Posteriormente por los años de 1878 manos criminales destruyeron bárbaramente muchos manuscritos, probablemente aquellos a que alude Vergara y Vergara. Se conserva sí un cuaderno de Actas que empieza el 4 de enero de 1810 y concluye el 16 de diciembre de 1811, en el cual está incluida el Acta inmortal de 1810, la que confrontada cuidadosamente con el original que allí reposa, reproducimos hoy con algunas anotaciones que reputamos de alta importancia histórica. Este cuaderno, por descuido, estuvo extraviado algún tiempo; felizmente el patriota señor don José Segundo Peña lo recuperó y lo devolvió al Cabildo, donde hoy se encuentra, y se exhibe todos los años en la misma fecha de hoy. Es un cuaderno empastado en terciopelo rojo; está escrito sobre recio papel azuloso de

la época, marcado con el sello real del valor de un cuartillo para el bienio de 1810 a 1811.

«Cuanto al otro libro que cita Vergara y Vergara, probablemente en el que estaban consignadas las firmas de los demás campeones que firmaron el Acta a que alude el señor Melendro, ese sí parece haberse perdido».

Conocido es el triste fin que cupo al cuaderno de Actas de la Municipalidad de Bogotá de 1810, en el incendio de 20 de mayo de 1900. Junto con sus compañeros formaba uno de los archivos más completos que pudiera mostrar ciudad alguna: eran como las ejecutorias de nuestra amada Bogotá para acreditarse de «muy noble y muy leal», otorgadas por el rey, y para merecer de uno de los más salientes ingenios de América, Rubén Darío, el panegírico que no podemos menos de recordar:

«Ciudad desde antaño famosa por el cultivo de intelectuales disciplinas, ciudad de griego y de latín, que a pesar de haber estado siempre al tanto de lo nuevo en el mundo, ha hecho gala, por bizarra coquetería, de pasados gestos señoriales y maneras antiguas, sabia e ingenua al mismo tiempo, cordial y llena de coloniales gracias, ceremoniosa y franca, doctoral y alegre, manejando lo mismo el tirso que el bastón borlado, creadora de las águilas de la oda y de los gorriones del epigrama, vestida de gramática y coronada de lírica».

No creemos se hallen fuéra de lugar estas reminiscencias sobre el irreparable archivo municipal y sobre el Acta, en tratándose del cuasi perpetuo secretario del primer cabildo, a quien cupo en suerte extender de su puño y letra la partida de bautismo de la República.

Veremos ahora cómo de la secretaría del cabildo, que por tantos años honró, pasó a desempeñar la de la Jun-

ta Suprema, llamado luégo a servir la de la sin par, por lo gloriosa y desgraciada, Expedición libertadora de Nariño al Sur, y por último, la de la Presidencia de Cundinamarca en 1814. El cuasi perpetuo Secretario del Cabildo, parece haberlo sido también de la Revolución.

En efecto, después del 20 de julio, Melendro siguió autorizando los actos del Muy Ilustre Cabildo y de la Junta Suprema. Conocemos de ésta el notable documento de fecha 26 del mismo mes (O'Leary, XIII, 75) y de aquel, el primero, o sea el Acta de fecha 16 de noviembre siguiente (Borda, *Libro de la Patria*, 82). Tuvo otro honor Melendro: autorizar y probablemente escribir de su letra —las secretarías de entonces no contaban con el numeroso personal de uso en las actuales— la primera página de nuestro Derecho Constitucional, o sea el Bando de la Suprema Junta de fecha 26 de octubre de 1810, en el cual aparecen ya claramente delimitados, por primera vez en su incipiente evolución, los tres clásicos poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

Tan notable documento ha pasado, sin embargo, inadvertido para historiadores de nuestro Derecho Público interno: Samper no lo cita, no obstante su portentosa erudición. Fue conservado para la historia por Quijano Otero, infatigable salvador de preciosas reliquias, a quien el investigador de glorias de Colombia venera en la biblioteca de su nombre, hoy incorporada en la Nacional, y en la cual se encuentran verdaderos «tesoros ocultos», que diría el Código Civil.

Sin duda sus especiales dotes para la actuación de una secretaría mantuvieron a Melendro en tal puesto durante los primeros años de la «Era de los Inmortales» (vulgo, Patria Boba). Luégo, en septiembre de 1813, con motivo de la expedición de Nariño al Sur, hubo de cambiar su notarial indumentaria por otra bélica; y sin abandonar la pluma, avezada ya a trazar caracteres que habrían de in-

mortalizarse, requerir la espada con el desembarazo propio de viejo castellano.

Y decimos que no abandonó la pluma, pues durante tan larga y azarosa campaña llevó con escrupulosidad el «Diario de Ordenes de Su Excelencia», no ya sentado en el ancho y cómodo sillón forrado en cuero, en la abrigada Secretaría del Cabildo, sino sobre la piel de sonoros tambores, hoy bajo los rayos tropicales en el valle de Neiva y mañana entre las inclemencias de Guanacas. Si la escritura del Acta recuerda el inquietante vocerío del pueblo de Santafé, esta otra rememora el rumor del Magdalena y del Juanambú y los ecos del Puracé. Se diría que en la misma tinta mojaron su pluma el Secretario Melendro y el Abanderado Espinosa.

Tal diario, original de puño y letra de Melendro, fue por nosotros presentado a la Academia Nacional de Historia. Lleva por título *Cuaderno de Ordenes verbales dadas por el Excelentísimo señor Presidente del Estado don Antonio Nariño para la Expedición del Sur*. Principia en Santafé el 13 de septiembre de 1813 y llega hasta el 6 de mayo de 1814, horas antes del terrible desastre de Pasto. Se han perdido las hojas finales, como si se hubiera querido que el cuaderno hablase sólo de grandezas y nunca de amarguras. Parece como si en semejante derrotero de gloria se hubiese pretendido intencionadamente detener al investigador futuro en el punto mismo en que el dedo de Dios detuvo el sol de la libertad, próximo ya al cenit.

Sobre la conducta de Melendro en la campaña del Sur, dice Nariño en el parte oficial de la batalla de Calibío, dirigido al Poder Ejecutivo:

«Los dos Secretarios, don Eugenio Martín Melendro y don José Matieux me acompañaron constantemente, y tanto ellos como el Auditor Osorio hicieron el oficio de sol-

dados de la patria, persiguieron al enemigo en su derrota y continuaron sirviendo en los otros oficios consiguientes a ella». (O'Leary, XIII, 497).

¡Que hermosa recomendación del Secretario-soldado! Nunca como aquí pudo decirse con más propiedad que el viejo oficinista santafereño también supo, cuando le llegó el tiempo de hacerlo, «echar sus párrafos de lanza» con la misma gallardía con que al conjuro de Acebedo Gómez dio vida a los párrafos aquellos del Acta que desde hace un siglo vienen ornando el solio del Congreso de Colombia.

Lo que sucedió después de Calibío y Juanambú, todos lo saben. Los restos de la expedición siguieron prestando abnegados servicios en Popayán, excursionaron por el Valle y en su mayor parte regresaron a Santafé con el segundo de Nariño, el General José de Leiva, español y mártir, en noviembre de 1814, según lo anota el cronista Caballero. Se deduce que Melendro sirvió algo más de un año como militar (septiembre de 1813 a noviembre de 1814). Finalmente encontramos la firma de Melendro en otro documento oficial de gran trascendencia: las capitulaciones entre el Coronel Bolívar y el dictador Alvarez (O'Leary, XIII, 577). En ellas aparece nuestro prócer en su perpetuo carácter de Secretario, y ahora del Presidente.

Podemos agregar, como tradición de familia, que en los últimos años de su vida Melendro desempeñó una Notaría en Bogotá y un empleo en la Casa de Moneda. En atención a sus servicios, la República le concedió beca en San Bartolomé para la educación del mayor de sus hijos.

No terminaremos sin insistir en que por feliz coincidencia la primera y la última firma del Acta de Independencia son de españoles: *Juan Jurado, Eugenio Martín Melendro*. Hé aquí nuevo lazo del amor y la solidaridad que

al través de los siglos ha de unir simbólicamente a Colombia con la Madre Patria. Si el Acta es—como tantas veces se la ha llamado hermosamente—la partida de bautismo de la República, singular coincidencia fue la de que ella apareciese encabezada, extendida y autorizada por dos peninsulares, como si se tratase de una restitución instrumental, con las mismas formalidades rituales de aquella otra escritura otorgada ante escribano el 6 de agosto de 1538, por la cual se dejó constancia protocolaria del despojo que se hacía en nombre del Rey a los poseedores y legítimos dueños de estas tierras.

ARTURO QUIJANO.

Julio de 1915.

---

## PARAISOS TERRENALES

**L**AS últimas hojas giran en la bruma como muertas mariposas y manchan los prados mustios en los cuales se yerguen todavía los morados cálices de las velloritas. Los árboles que el viento sacude gimen como mástiles de un barco abandonado. Los vidrios, azotados por la lluvia, semejan rostros lívidos de plañideras.

Las noches han venido en que en torno de la lámpara y cerca del fuego amamos evocar las visiones de antaño, los maravillosos paraísos que nos hicieron vibrar y soñar, a cuyo recuerdo se exalta el corazón y se rememoran horas de claridad divina, mágicos crepúsculos, la mancha de un lago, el trino de un pájaro, la cantinela de un pastor, el perfume de un huerto de rosales y de limoneros; gestos, músicas, miradas, colinas, ruinas, villas y jardines. Y para los eternos nostálgicos que dejaron algo de su alma a lo largo de los lejanos caminos, he escrito estos recuerdos de viaje....

## LA VILLA CYRNOS.

Sencilla y bañada en luz, de arquitectura italiana, con su campanil horadado; balcones, elevados ventañales que se abren sobre una terraza de mármol blanco contra la cual se apoyan macizos de clemátides y heliotropos, la villa de la emperatriz Eugenia se oculta y se aísla en el bosque del Cap-Martin, lejos de todo, como distante del mundo, como si quisiera dar la impresión de retirado abrigo en donde algún enfermo del mal de la vida tratase de olvidar y de extinguirse en paz. El lujo trivial, la melancolía de aquellos salones en donde sugestivos restos del naufragio—cuadros de batallas y bustos napoleónicas—se confunden con los colorines vistosos de un kiosco chino y con los dorados recientes de un mobiliario Luis XVI, nos hielan y entristecen. Más lejos, en el centro de una pieza luminosa, que lo mismo puede ser invernadero o taller, de grandes bastidores de cristales inundados de sol que alegran racimos de flores—cartas esparcidas sobre un velador, menudas fruslerías, pelotas de lana, una obra de aguja comenzada, un libro de cuentas, y contra un sillón cojines arrugados.... Todo aquí revela la presencia familiar de la inconsolable, cuya juventud fue apoteosis, cuyo declinar es calva río. Es este el sitio en donde ella pasa las horas de la tarde, friolenta, las manos ocupadas en un trabajo maquinal, soñando despierta o leyendo, una a una, las súplicas de un socorro, los amargos memoriales, las cartas de fiel abnegación o de respetuosa demanda que se le dirigen a diario; apuntando con sus manos hasta el último centavo de las limosnas otorgadas; escribiendo de boca de su costurera las habladurías del Hotel de Menton; divirtiéndose con la crónica menuda. En otras ocasiones, cuando se trata de recibir una visita de importancia o huéspedes de su particular agrado, entonces la desgraciada se reanima, se yergue, cuida de su persona y estudia actitudes imperiales.

Al pie del vestibulo se dilata y descende en suave pendiente hasta los salvajes promontorios que sin cesar baten las olas, un parque de belleza incomparable. Cortinas de pinos coposos lo encierran como en verde muralla. Sinuosas avenidas, como polvoreadas de oro, bordean los prados de esmeralda; y se diría que en una procesión de Corpus, monaguillos de roja sotana hubiesen a manos llenas arrojado ramilletes de iris, de anémonas, de claveles, de ciclámenes y de violetas de todos los colores y de todos los perfumes. Y como si fuese en algún edénico Tahití o en algún Ceylán fabuloso, cuelgan del ramaje ligeras guirnaldas de lianas, dibújanse arcos de capuchina, paveses de cíttis, oleadas temblorosas de pasifloras y jazmines. Surgen luego árboles extraños de tentáculos rígidos y espinosos, de escamas de reluciente cobre o de bronce verdoso en que se balancean como amuletos de cristal, frutos traslúcidos; naranjos que parecen grandes custodias; rosales arborescentes donde brotan innumerables corolas de nieve, de carne, de púrpura, de seda, y de donde vuelan a cada golpe de brisa o de alas, radiosas nubes de pétalos.

Aquí y allá, sobre las rocas de granito rojo en las que prenden cistos y mimosas, rústicos bancos nos invitan a descansar, a un instante de ensueño. Y de pronto, como de entre telones descorridos sobre un escenario fantástico, surge del golfo azul la sugestiva decoración de Monte Carlo, de fortalezas que recuerdan la guerra, del palacio del juego que hace pensar en la inconstancia de la Fortuna....

#### TÍVOLI.—LA VILLA DE ESTE.

.... El barco se ha detenido en el puerto, ha hecho danzar y chocar unos contra otros los barquichuelos en alegre ronda, y trazado sobre el agua temblorosa un rastro de nieve.

Hé aquí bajo frescas y sombrías avenidas las tiendas adormidas e indiferentes, en las que gustaríamos adquirir inútiles baratijas, gustar naranjas y sandías, beber el vino que brota en oscuro hilo de los frascos de largo cuello y vientres forrados en esparto; las viejas callejuelas en gradería, cuyos peldaños de gastada piedra parecen ascender hasta el cielo; la iglesia, al rededor de cuyo campanario, ornado de banderolas, vuelan bandadas de palomas. Hé aquí el camino que entre viñedos y olivares serpentea hacia la villa Serbelloni. Hé aquí los magníficos jardines en donde la señorial residencia que se ha convertido en un hotel, parece, vista desde lejos, rodeada de un océano de verdura, un juguete de niños.

Oh, el bosque sagrado de apagados e incesantes ruidos; las cúpulas florestales que destilan gotas de luz; los árboles venerables y augustos que en otros tiempos algún pródigo amante de la naturaleza trajo sin parar mientes en gastos de lugares distintos del globo, los plantó caprichosamente y los amó con pasión; ¡oh, los gigantes de brazos nudosos, testigos que fueron de tantas oraciones, de tanta fiesta, de tantos desastres y mentira!

Ellos nos llaman y nos impiden admirar las terrazas decoradas de prestigiosos encajes de flores; los prados parecidos a chales de la India, a tapices de mezquita, a viñetas heráldicas. Quisiéramos cuanto antes perdernos y extasiarnos en aquellos senderos que ignoramos a dónde conduzcan; y al igual del impetuoso y apasionado Marqués del Dongo, de quien Stendhal elogia en *La Cartuja de Parma* los arranques novelescos, besar devotamente, como el mármol de un altar milagroso, la corteza incrustada de musgo de una de estas encinas centenarias.

Por entre un claro de bosque, entre troncos que se levantan como pilares de catedral, se ve reverberar en el fondo del abismo la sábana nacarada del lago de Como, piedra preciosa que se diría derretida en la fluidez de un

cielo matinal, espejo mágico en donde parece haberse cristalizado la límpida dulzura de una mirada de niño. Sobre el agua tiemblan velas que parecen alas. Más lejos se dibujan, manchas indecisas de una cuarelista, Varenna, Candenabbia y la antigua y suntuosa Villa Carlota.

Y a la memoria vuelven las frases de Taine: «Ante las aguas, las montañas y el cielo nos sentimos delante de seres siempre jóvenes y adorados. El accidente no los alcanza. Ellos son hoy como en el primer día; cada año la misma primavera les verterá la misma savia; nuestra cobardía cesa al contacto de su fuerza, y nuestra inquietud se desvanece ante su calma eterna. En ellos se manifiesta la uniforme potencia, la madre fecunda e impasible que nada consigue conmover, porque fué de ella no existe nada».

...Tívoli, cuyo nombre elegante y risueño suena como los cascabeles de un pandero en alegre tarantela. Tívoli, que se destaca como sobre un fondo de vieja seda azul, que inclinada sobre un barandal respira, la sonrisa en los labios, la frescura de las cascadas.... El Anio fogoso evadido de la colina, que salta entre rocas, que clama la canción de la libertad, que se lanza hacia valles de égloga.... Sesgos de palomas sobre los encinares, gorgoros de los mirlos en los almendros florecidos, voces finas de niños que nos ofrecen sus canastas de violetas y jacintos, vibraciones de campanas que se prolongan en la atmósfera tibia y azul....

Y a la entrada de la gentil aldea, en donde el opulento Mecenas edificó su casa de campo y donde el prudente Horacio cantó el placer de vivir, las frugales tenidas a la sombra de la viña, la gracia de Myrta y el falerno generoso, divisamos la villa que el cardenal Hipólito de Este, hijo del duque de Ferrara, levantó en 1549, y que hoy, desposeída de su antiguo esplendor, abandonada y en ruinas, nos sugiere el pensamiento de algún siniestro

palacio frecuentado por la Muerte y cuya soledad y silencio nadie será osado a turbar.

Vese primeramente el bello patio de las residencias del Renacimiento. El sol ardiente lo baña en luz, lo transforma en estufa. Y ansioso el corazón, nos internamos luego, como en catacumbas de misterio, como en subterráneo calabozo que jamás devolvió su presa, en un pasadizo que a tientas se descende en la penumbra, entre paredes húmedas, pisando las gradas de una escalera interminable y arruinada. El *lasciate ogni speranza* del poeta viene sin quererlo a los labios.

En lo hondo se dilata glacial, severa, alucinante, apenas alumbrada por la turbia luz que se filtra al través de no se sabe qué polvorosa lumbrera, la galería sobre la cual se abren las puertas de los departamentos. La mayor parte de ellas aparecen condenadas para siempre. Las otras se abren sobre lo que fueron los salones en donde habitó, como buho en su ruina, aquel cardenal de Hohenloe, el avaro y ambicioso secuaz de la Tríplice, cuya altanera insolencia y cólera biliosa turbaron tantas veces los vastos planes y la serenidad de León XIII. Lúgubre y lamentable desván en donde se respiran indefinibles vahos de cueva húmeda, de maderas podridas, de armarios cerrados; en el cual temeríamos que se nos aprisionase siquiera fuese por una hora. Restos de postigos dorados que se rajan y cuartejan; cielos rasos inquietantes, paredes manchadas de parches verdosos, en donde se descoloran y amortiguan los frescos que pintaron el Zucarrí y el Muciano, lasas del piso que crugén en desequilibrio, como si bajo ellas se abriesen subterráneos calabozos.

Al salir de aquel sepulcro, qué conmovedora sorpresa nos aguarda al aventurarnos en la primera terraza y correr en pos de la claridad, en pos de la vida!

Entonces nos imaginamos estar en medio del esplendor del cielo, y descubrimos hasta perderse de vista, cómo

desde el puente de un navío, el espacio infinito de la campiña romana, el mar de verdura que se prolonga hasta las montañas azules de la Sabina, inmutable, sereno, sembrado aquí y allá de despojos de acueductos y tumbas. A nuestros pies divisamos las copas de los árboles, los rítmicos cordones de bosquecillos y jardines, las fuentes rumorosas de aquel parque de orgullo y de melancolía.

A la impresión de irrazonada angustia, de instintivo espanto como en limbos poblados de expectros, ha sucedido la sensación de libertad, de resurrección, de deslumbramiento en un inesperado oasis. El paisaje exhala un perfume penetrante y amargo. El boj, de tamaño desmesurado, invade las avenidas, las disminuye y las borra. Laureles de negras bayas, de hojas brillantes y agudas como puntas de espada, de racimos de flores cerosas, se inclinan en arquería. Los cipreses semejan obeliscos que perpetuasen alguna lejana victoria.

En los árboles nacen, crecen, estallan—fanfarrias de triunfo y quejas de amor—los cantos de mil ruiseñores. En dondequiera resuena el murmurio de fuentes y aguas vivas. Se diría que las dríadas y las náyades han buscado un refugio en estos solitarios lugares, que en ellos juegan y mezclan sus gritos de alegría al rumor de los ecos y al susurro de las cascatedas. Aquí nos asalta el vértigo del eterno reposo contemplando los estanques de mármol, profundos como abismos, en donde las fuentes hierven poderosas e inagotables, en donde largas hierbas sedosas se agitan como cabelleras bajo surtidores en cuya niebla pone la luz todos los tonos del arco iris. Jamás nos atreveríamos a apagar la sed en esta agua de delicia y de sortilegio, que arrulla, llama y adormece: pensamos en las Brocelyandas, de donde no se regresaba, y en el Leteo en donde se bebía el eterno olvido. Y sin quererlo se habla aquí en voz baja, como al lado de las tumbas....

## CORFU.—LA VILLA AQUILLEION.

....Bajo un cielo de septiembre barrido por ráfagas de sirocco y rayado por el vuelo de las gaviotas se divisan las vanas murallas—en donde árboles prestan sombra a inválidos cañones polvorosos—las casas pintarrajeadas y las miserables iglesias de una antigua plaza de guerra más italiana que griega.

Una rada luminosa y tranquila encerrada en un circo de colinas que a cada hora cambian de tinte; barcos pescadores de velas rojizas; yates, trasatlánticos anclados; un islote árido y estrecho erizado de ruinas y que a distancia se tomaría por un ex-voto.

Muelles repletos de bodegas, de fardos y toneles, en los que con tardo paso vigilan sórdidos empleados de la aduana y acechan a los viajeros y a los pescadores. Un olor de fruto en sazón, insípido, almizclado, que flota en el aire ardiente desprendido de las pilas de calabazas, sandías, de los canastos de higos y duraznos, de los racimos pegajosos de uvas moscateles cuyos granos inundan plazas y callejuelas y que aplastan peatones y cabalgaduras y en los cuales se posan nubes de moscas y de avispas.

Obsequiosas propuestas de los cambiadores de monedas que aparecen sentados al sol delante de pilas de oro, de fajos de billetes grasientos y medallas con la efigie de san Marco y Palas Atenea; riñas de mozos de cordel; risas de campesinas; el ir y venir de soldados en andrajos, de humildes sacerdotes griegos, de feroces albanaces: todo nos hace sentir en un mundo nuevo y original.

En una vasta y escueta esplanada, ornada por arbolillos tísicos y polvorosos, una banda militar toca al caer de la tarde danzas y aires de concierto. Nada que aquí conmemore la gloria del pasado: ni un palacio, ni una basílica, ni un arco de triunfo. Quizás una puerta veneciana en ruinas, sitio predilecto de mendigos; el busto mu-

tilado del heroico Morosini que pactó con la victoria; la pomposa estatua del mariscal Schlumberger, defensor de Corfú contra los turcos; un templo de amor edificado en el gusto del siglo XVIII....

Gentes desocupadas a quienes no impulsa el acicate de ninguna pasión pasan días enteros charlando, los codos sobre la mesa del café, delante de un vaso de vino; y es tal la miseria, que el primer gesto de los niños es el de tender la mano; que por algunas leptas se comprarian todos los frutos de un huerto.

En el fondo de jardines profundos donde las parras ceden al peso de los racimos, entre bosques de milenarios olivares cuyos troncos leprosos recuerdan los tiempos lejanos en que Ulises, perseguido por la cólera de los Dioses, llegó a esta tierra de beatitud y se detuvo deslumbrado ante la hermosura de la princesa Nausica que se ocupaba en lavar en un hilo de agua sus velos de lino, una ancha avenida bordeada de villas con nombres homéricos asciende suavemente hacia el sitio que ocupaba la batería de Canone, y en donde se alza hoy un ventorrillo.

De repente se descubre una decoración paradisiaca. Una ensenada solitaria de fondos morados, verdes, opalinos, en donde peces trazan misteriosas elipses y en donde se dan cita, con largos gritos, bandadas de salvajes palmípedos. Un apasible islote consagrado al rey de Itaca, en donde entre el verde sombrío de los cipreses se destacan los muros blancos de una hermita; y más lejos, la línea irregular del promontorio que domina el mar de esmeralda y jacinto.

Sobre una de aquellas terrazas de granito, proa de galera clavada en la azul inmensidad, la villa Aquilleion, el suntuoso asilo en donde Isabel de Austria, la eterna y dolorosa errante, gustaba refugiarse y venir a escuchar la

voz de su corazón. Pórticos de mármol inmaculado, estatuas de diosas y de héroes de nobles actitudes y contornos armoniosos; el privilegiado altar en donde las rosas más bellas y raras acarician y enguarnaldan el busto de Heine, el poeta delicado y tierno; los bosquecillos virgilianos desde donde la infeliz soberana contemplaba, al despuntar la aurora la resurrección del sol, juntas las manos, en actitud de plegaria.

Entre las anécdotas que ha narrado el joven ateniense Christomanos sobre la predestinada de quien fue confidente y secretario, la siguiente merecería figurar en una antología:

Cierto día, en Madera, un pobre jardinero doblado por los años y arrugado el rostró por el tiempo, salió de su huerto, y con zalameros deseos de felicidad ofreció a la augusta viajera un ramo de camelias. Conmovida, pero sin detener el paso de cazadora infatigable y ágil, arrojó al viejo algunas monedas de plata. Poco más lejos aconteció que una hermosa joven de veinte años, cuyos ojos rasgados reflejaban el color del cielo y en cuyos brazos y nuca el sol había puesto tonos de ámbar, se aproximó a la soberana y le ofreció también un ramo de camelias. Isabel de Austria se detuvo, sonrió a la joven y puso en su mano una moneda de oro. Luégo, como la dama de honor que la acompañaba manifestase, respetuosa, su admiración por esta diferencia en las limosnas y preguntase a la emperatriz la razón de haber sido más generosa con la campesina que con el viejo, Isabel respondió con acento en donde vibraba su alma pagana:

—¡Por su belleza!

RENÉ MAIZEROI.

(Traducción de REVISTA MODERNA).

## Páginas olvidadas.



Lino de Pombo.

NACIO EN CARTAGENA EL 7 DE ENERO DE 1797.—MURIO EN BOGOTA EL 20  
DE NOVIEMBRE DE 1862

Con razón se ha dicho que entre todos los hombres públicos de Colombia ninguna vida fue más llena, más seria y provechosamente laboriosa, más completa y generalmente respetada que la de don Lino de Pombo.

En el año de 1810 entra al servicio como cadete en el Regimiento Auxiliar. En 1815, con el grado de teniente, asiste al famoso sitio de Cartagena, y defiende, con el futuro Mariscal de Ayacucho, el cerro de La Popá. Habiendo sus heroicos defensores evacuado la ciudad antes que rendirla, y al mismo tiempo que tres de sus compañeros son fusilados por Morillo, Pombo, en atención a su corta edad, es condenado a servir durante ocho años en el ejército español.

En la Península se enrola en las fuerzas libertadoras de don Rafael del Riego, es derrotado y cae prisionero del general Bonnemain. Se salva por la fuga de ser fusilado, llega a Gibraltar y se embarca para Inglaterra. En Londres sirve la Secretaría de la Legación hasta 1825, en que, reemplazado por don Andrés Bello, regresa a Colombia. Se incorpora en el ejército con el grado de capitán, y marcha a Popayán y Pasto y luego a Guayaquil. Sirve bajo

las órdenes del general José María Córdoba, acompaña al Libertador en 1828 hasta la frontera ecuatoriana, y en 1829 se refira del servicio, en el que, en su calidad de ingeniero, había prestado a la patria los más señalados servicios.

En 1833, bajo el gobierno del general Santander, desempeñó la Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores, que sirvió durante aquella administración, en parte de la del doctor Márquez y en toda la del doctor Mallarino. En 1840 ejerció la Gobernación de la Provincia de Cundinamarca. En 1842 fue como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario a Venezuela y firmó los tratados de ese año.

En el ramo de Hacienda sirvió en 1845 como Secretario de Estado del general Mosquera; en varias épocas la Dirección del Crédito Nacional, de la Oficina General de Cuentas y de la Casa de Moneda. En 1854 prestó al Gobierno legítimo importantes servicios como Procurador General de la Nación.

En el administrativo ocupó varias veces asiento en las Cámaras, y en todas ocasiones dejó oír su voz elocuente en defensa de los más elevados intereses patrios.

Obra suya es la *Recopilación Granadina*, que por sí sola bastaría a hacer imperecedera su memoria. Matemático distinguido, escribió las conocidas *Lecciones de Aritmética y Algebra* y las de *Geometría analítica*. Como periodista redactó *El Argos* y *El Constitucional* y colaboró en los principales periódicos de su época. Al mismo tiempo que traducía al castellano la *Historia Griega y Romana* de Goldsmith, fundaba en Bogotá la primera Caja de Ahorros, con el fin de servir a las clases trabajadoras de la capital y de los campos.

Diplomático de reputación americana, cuyos alegatos son obra maestra de lógica y de estilo, nunca fue el señor Pombo hombre de partido. Templada su alma en los grandes ideales de la Guerra Magna, vivió y trabajó sin tregua ni descanso "para la patria, para la ciencia, para la humanidad".

## REMINISCENCIA DEL SITIO DE CARTAGENA

*Quaeque ipse miserrime vidi. . .*

**A** MEDIADOS del año de 1815, aciago para la causa de la Independencia por el desgobierno y por el cansancio de los pueblos, las mutuas animosidades personales que de tiempo atrás existían entre los Generales Manuel del Castillo Rada y Simón Bolívar habían producido consecuencias funestas para la seguridad del país, a más de frustrar el plan de operaciones sobre la Provincia y Plaza de Santamarta, cuya ejecución fue encomendada al último de estos dos Jefes por el impotente Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. De la lucida División con que para tal objeto había bajado Bolívar al Magdalena, y para cuyo completo equipo rehusó proveer Castillo el armamento necesario del que existía en los parques y almacenes de Cartagena, sólo quedaban quinientos o seiscientos hombres en las sabanas del Corozal, a órdenes del Coronel Florencio Palacios, después de una tentativa inútil para desalojar de Mompós al español Larrús. Y no sólo acababa de perderse aquella importante ciudad fluvial: toda la línea del Bajo Magdalena hasta Barranquilla, con sus fortines, su material de guerra y la división de bongos armados que, mientras estuvo guarnecida ayudaba a su defensa, se hallaba ya en poder de las tropas realistas samarias al mando de Capmany.

Sabíase en Cartagena el arribo a las costas de Venezuela de la expedición de Morillo, y se hacían algunos preparativos de defensa para el caso eventual de un ataque a la plaza; pero preparativos lentos y en pequeña escala, casi limitados a artillar las murallas y desherbarlas, mejorar los fosos y el rebellín del frente de Santa Cata-

lina, reparar estacadas y puentes levadizos y construir un camino cubierto de fajinas desde la Medialuna al castillo de san Felipe: porque bastante se dudaba tener que habérselas con aquella respetable división marítima que había sufrido considerables descalabros en la isla de Margarita.

La situación exigía, además, gastos militares enormes, y para ellos quizás se contaba apenas con los escasos productos de la aduana, los aprovechamientos del corso y la venta y acuñación en moneda macuquina de las alhajas de oro y plata de la iglesias: por esta transformación de cuño pasaron entonces el famoso sepulcro de plata de la Catedral, de carácter histórico, cautivo del almirante francés Pointis en 1697, y la bella y valiosa palma del mismo metal con que galantemente fue devuelto por el gobierno de Luis XIV.

En los primeros días de agosto un buque de guerra inglés, procedente de Santamarta, trajo noticia auténtica de haber llegado a aquel puerto la escuadra y el ejército español de Morillo, reforzado éste por un numeroso cuerpo de realistas venezolanos a órdenes del sanguinario isleño Morales. Procedióse con actividad, en consecuencia, a coleccionar ganados y solicitar víveres del Sinú y de las Antillas, poner en armas toda la gente disponible, hacer entrar los restos de los oficiales y tropas de la división de Bolívar, destinándolos, en su mayor parte, a la defensa del cerro y convento de La Popa, guarnecer suficientemente el castillo de san Felipe y los del Pastelillo y Bocachica, y arrasas en lo posible las inmediaciones de la Plaza.

El pueblo de Turbaco, que era el cercano más importante para un ejército sitiador, y contenía muchas espaciosas casas de recreo de los habitantes acomodados de Cartagena, fue incediado íntegramente. Cuando se estableció el bloqueo por mar y tierra, dejando cerrada toda vía

de socorro, la ciudad se hallaba desprovista de lo necesario para el mantenimiento por más de dos meses de las diez y ocho o diez y nueve mil personas concentradas en ella, y pronto hubo que matar, salar y embarrilar caballos y burros, en calidad de reserva para último recurso alimenticio.

Como Teniente de Ingenieros, había recibido yo comisión de fortificar el cerro de La Popa, dándoseme por operarios unos ochenta soldados españoles de los prisioneros hechos por casual encuentro a bordo de la fragata mercante *Neptuno*, que conducía un cuadro a Panamá, a órdenes del Brigadier Hore. Varios de sus oficiales habían sido asesinados brutalmente en las prisiones de la antigua Inquisición, por hombres exaltados que forzaron sus fuertes en la noche del 6 de julio, y estos infelices temían para sí a toda hora atentados semejantes; pero logré protegerlos y tranquilizarlos, a más de proporcionarles, en medio de la escasez, suficiente ración con arbitrios diversos, y correspondían a estos cuidados trabajando bien. Ni los tuvieron olvidados tampoco para agradecerlos, cuando más tarde se les presentó a algunos de ellos la ocasión de servirme, hallándose salvos y yo preso después de un naufragio en el castillo de San Jerónimo de Portobelo.

Las fortificaciones emprendidas y llevadas con perseverancia a buen término, consistían: 1.º, en una línea angulosa de parapetos con sus banquetas para fusilería y lanza, que cerraba todo el lado accesible de la meseta del Convento, quedando el terreno con cuatro o cinco varas de escarpa hacia afuera, y cuyo extremo, mirando a la plaza, daba entrada al interior por un puente levadizo sobre un foso revestido de piedra; y 2.º, en un reducto circular flanqueante de estos parapetos, a espaldas de la sacristía de la iglesia, con un mortero pedrero y dos piezas ligeras de artillería que dominaban y enfilaban la an-

gostura superior del camino de subida. En éste se practicó una cortadura a inmediaciones del reducto, escarpado también; y en la punta del cerro se situaron dos o tres piezas de a doce, cuyos fuegos barrían el playón de Alcibia y las orillas de la laguna de Tesca. En lo material, todas las defensas eran por el estilo de las que acostumbrábamos levantar sobre el Magdalena: estacada doble maciza, bien enterrada y trabada, con forro interior de tabla o ramaje y relleno de tierra.

Mandaba en La Popa el General Francisco Bermúdez, cumanés, recién emigrado de Venezuela; y cuando éste reemplazó a Castillo en la plaza, a mediados de octubre, por el indecoroso arbitrio de un motín militar, quedó la Comandancia a cargo del Teniente Coronel Carlos Soublette. El noble y simpático inglés Stuart, distinguido oficial de cazadores que de tiempo atrás prestaba con amor sus servicios al estado de Calamar, y que por ellos estaba destinado a morir en un banquillo en 1816, junto con García de Toledo y otros patriotas ilustres, se instaló como jefe en el reducto, atraído por su importancia clásica, y pasaba en él las noches reclinado sobre la carronada del mortero con la mecha encendida al lado. Recuerdo allí presentes a Carreño y Piñango, y a otros militares de lucido porvenir. Al principiarse las obras de fortificación, subía yo diariamente a pie dos veces de la ciudad al cerro y pernoctaba abajo; después quedé incorporado a la guarnición por algún tiempo. Mi acompañante, asiduo en la supervigilancia de los trabajos, y quien durante mi ausencia llenaba oficiosamente en cualquier eventualidad mis funciones, y quien más me auxiliaba en la difícil tarea de proteger contra ruines insultos a los obreros españoles, era un joven venezolano, de nariz bien perfilada, tez blanca y cabellos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto; a este joven oficial, la Providencia en sus altos designios, lo tenía

previsto para figurar un día en el catálogo de los más esclarecidos guerreros, libertadores de la América del Sur, con el glorioso título de *Gran Mariscal de Ayacucho*.

En su calidad de puesto avanzado y de mirador con vasto horizonte, La Popa, que durante la noche exigía vigilancia suma, aunque su acceso único estaba protegido por la artillería del castillo de San Felipe, proporcionaba durante el día para nuestro entretenimiento variados espectáculos. Del lado de la plaza y el mar los movimientos de la escuadra bloqueadora, repartida por mitades entre Punta Canoa y las inmediaciones de Bocachica; los de nuestra flotilla casi inútil de goletas, corsarios o piratas, lanchas, cañoneras y bongos de guerra en la bahía; los trabajos de los muelles o arsenales; y muy de vez en cuando la aparición entre la bruma matutina de algún buquecito con víveres, que habiéndole amanecido cerca de la ciudad, hacía esfuerzos heroicos de vela y remo, siempre felices, para guarecerse bajo sus murallas eludiendo la persecución enemiga.

Unos veinte días consecutivos estuvimos observando con ansiedad la marcha lenta del casco viejo de un bergantín, que se intentaba conducir a remolque hacia Pasacaballos, para obstruir la boca de aquel estero: tan lenta fue en las cinco millas de trayecto, quizá por falta de vigor de los remeros, que no alcanzó a llegar a tiempo a su destino.

Del lado de tierra teníamos con frecuencia, al despuntar la aurora, las descubiertas enemigas de infantería y caballería, o los grandes reconocimientos de pura ostentación del ejército español, que desplegaba en el fondo del playón sus hermosos batallones y escuadrones de relucientes armas, hasta donde nuestros fuegos se lo permitían, y avanzaba piquetes sueltos para explorar los bosques y para dejar intimaciones o proclamas en tablillas puestas al extremo de un palo hincado en tierra. Es-

tas excursiones solían organizar pequeños tiroteos con partidas de la guarnición de la plaza, también en descubierta, o apostadas al efecto. Quedó abandonado un día el cadáver de un soldado español: conducido a Cartagena, la turba embravecida del barrio de Jimaní se apoderó de él para arrastrarlo por las calles mutilado, con febril regocijo. En otra ocasión, una partida nuestra de húsares, mal montados y peor comidos, se emboscó en las avenidas del playón con el encargo de coger vivo algún soldado de quien pudieran obtener informes, y esto dio lugar a una interesante escena. Habiéndose adelantado de un piquete enemigo dos hombres en famosos caballos, y uno de ellos, que avanzó algunos pasos para clavar, según costumbre, un palo con la tablilla que conducía, fue rodeado súbitamente por nuestros húsares; advirtiéndolo el camarada, voló sin vacilar en auxilio suyo con sable en mano, desparpajó a los contrarios en un abrir y cerrar de ojos, y ambos, sanos y salvos, se reincorporaron a pequeño trote en sus filas.

Nosotros los espectadores de la punta del cerro aplaudimos con estrepitosos palmoteos acción tan gallarda, que nada perdía de su mérito por la notable diferencia de cualidades físicas entre los combatientes.

En la madrugada del 11 de noviembre fue atacada La Popa por una columna de ochocientos hombres escogidos, que acaudillaba el más distinguido oficial de cazadores del ejército español, Teniente Coronel Maortua, y que al favor de las tinieblas y de un profundo silencio, había logrado trepar sin ser sentida ni ofendida. Las fortificaciones, sus leales defensores, que no llegaban a doscientos útiles, y su hábil jefe Soubllette, correspondieron dignamente a las esperanzas fincadas en ellos, luciéndose sobre todo por su tino y sangre fría el Comandante Stuart, inmóvil en su reducto. Parte del combate se sostuvo cuerpo a cuerpo y a la bayoneta en la línea de los parapetos, que es-

calaron sin salvarlos algunos oficiales y soldados y un valientísimo corneta: llovían sobre la meseta interior las granadas de manos enemigas, y sobre los pelotones enemigos la metralla de Stuart, en tanto que hacía su oficio el fusil, a pecho descubierto en el ataque y con mediano abrigo en la defensa. En menos de tres cuartos de hora la función había concluido al sonoro grito de *¡ Viva la Patria !* y los asaltantes descendían precipitadamente en derrota bajo el mortífero cañoneo de las baterías de San Felipe, dejando tendidos los cadáveres de muchos de sus compañeros al pie de las escarpas y en un largo espacio de las faldas adyacentes: el bravo Maortua quedó exánime a la orilla del foso. En honor de la verdad diré que no tuve yo participación en la refriega: enfermo, como tantos otros, había bajado al recinto de la plaza, y aquella gloriosa madrugada me encontró de servicio en el frente de Santa Catalina.

No fueron más afortunadas las tropas españolas en el asalto que algunos días después intentaron sobre el aislado castillo del Angel, a la orilla del mar, fuera de Bocachica, en donde mandaba mi caro y desgraciado amigo el Coronel venezolano José de Sata y Bussy. Y a lo dicho se redujeron las empresas terrestres del Ejército sitiador en las cercanías de la plaza.

Pero en la madrugada misma del espléndido rechazo de La Popa, forzaron con sus buques menores el mal defendido paso del estero de Pasacaballos, y entraron en la bahía, perdiendo la vida, entre otros cartageneros, el elegante joven Capitán Antonio Herrera, universalmente llorado. Ni fue posible impedir que la atravesaran luego para situarse en Caño de Loro, sobre la isla de Tierrabomba, en donde su escuadra podía proveerlos directamente de cuanto necesitasen, y que allí y en algún otro lugar a propósito para cruzar los fuegos, erigiesen baterías de artillería gruesa; con lo cual se estrechó más la línea del ase-

dio y se embarazaron las comunicaciones con Bocachica. Ya no quedaban esperanzas de salvación en lo humano, y cada hora traía consigo nuevas angustias, nuevos padecimientos. En las noches de mar serena, las lanchas cañoneras de la escuadra se aproximaban enfrente de la cortina de La Merced y bombardeaban con poco riesgo el recinto principal.

El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado aflictivo, pereciendo unos por falta de alimentos o postulación de fuerzas, otros por las enfermedades consiguietes a la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia escualidos, hebetados y con hinchazón progresiva en las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, eran el recurso de la generalidad desvalida, y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate el de las familias acomodadas que habían salvado algo de las pesquisas domiciliarias. Los extranjeros, dedicados a la infame especulación del corso, conservaban tal cual depósito oculto de víveres, y los beneficiaban sin misericordia, haciéndose, en cambio, dueños de las prendas de oro y piedras preciosas que existían en la ciudad. Y a pesar de tanta miseria y tantas congojas, nunca durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, se oyó a nadie hablar por desesperación siquiera de sometimiento a la antigua madre patria. Si esto en los primeros días significaba patriotismo, en los últimos días tenía por causa inmediata el menosprecio absoluto de la vida, contraído por el hábito de los peligros y por contagioso hebetamiento. Por excitación reiterada de las autoridades, algunas de las más desdichadas personas comprendidas en la categoría de bocas inútiles y acosadas del hambre, salieron por tierra de la plaza, casi arrastrándose, en dirección al campo enemigo, y pocas alcanzaron a llegar a

él, en tal estado que excitaron la compasión y obtuvieron asilo.

Un día se izó en las murallas la bandera inglesa, de orden de las mismas autoridades, con motivo de la aparición de un navío de guerra de Su Majestad Británica; súpose muy pronto que aquello significaba invocar la protección inglesa, y que en el navío se habían embarcado los Diputados Ignacio Cavero y Enrique Rodríguez con dirección a Jamaica, encargados de proponer la ocupación de Cartagena por vía de protectorado; quimera irrealizable en la opinión de todos y que como tal se desvaneció sin dejar huella.

A miles ascendía ya el número de los muertos, y ni aun era posible dar sepultura a los muchos cadáveres esparcidos en casas y calles, cuya pronta putrefacción envenenaba el ambiente, cuando por el Jefe Militar, General Bermúdez, se resolvió, al principiar diciembre, la evacuación de la plaza y de todas sus mal guarnecidas defensas, emigrando a todo trance por mar. El Gobernador, señor Juan de Dios Amador, se oponía a esta medida extrema, hasta con ruegos, o pedía se le demorase siquiera por unos tres días, asegurando que según sus cómputos, no tardaría tanto en empezar a recibirse nuevos socorros de víveres de los Estados Unidos y de las Antillas; pero fueron vanas sus instancias. El tiempo acreditó la exactitud de sus previsiones; mas, a decir verdad, Cartagena no podía prolongar con buen éxito la resistencia, aun cuando se la proveyese de comestibles abundantemente en aquellas horas de agonía, y no obstante el numerosísimo hospital de los sitiadores. Nada más fácil para éstos, con dos mil hombres disponibles en tierra, que ocupar por el lado de la bahía su recinto exterior antes de una semana, tras él las posiciones aisladas de San Felipe y La Popa, y forzar luégo a la rendición al recinto principal, o tomarlo por asalto sin vía de escape para un solo individuo.

La evacuación, aunque erizada de dificultades y sujeta a peligrosísimas contingencias, que había que arrostrar de frente, era el único partido racional adoptable por quienes todo lo preferían al sómetimiento.

En la tarde y en las primeras horas del 5 de diciembre, previa la diligencia de clavar la artillería de las murallas, tuvo lugar el embarque de la emigración por la playa de Bocagrande, contándose para su transporte con trece o catorce buques, la mayor parte de corsarios y todos con capitanes extranjeros más o menos metalizados y perversos.

Nada de provisiones de pasaje, y ni aun suficiente aguada; nadie contaría para mantenerse sino con lo que hubiese puesto y asegurado a bordo, o con lo que le suministrase la benevolencia ajena. Esqueletado yo y casi moribundo por efecto de las fiebres, con las piernas hinchadas y pesadas de la rodilla al pie, fui a zambullirme en un camarotito de la goleta que me tocó, llevando al cinto algunas onzas de oro, y en un bolsillo una libra de chocolate para roer, de que me había provisto la venerabilísima matrona señora María Amador de Pombo, mi buena tía y madrina, que se embarcó también con toda su valiosa familia, compuesta de seis hijos, una nuera y su hermana, un yerno y una nieta. Compañeros nuestros de peregrinación eran, entre otros, los señores García de Toledo y Ajos, Miguel y Domingo Granados, el Coronel Sata, expirante, y el Capitán Juan Gual; unos iban apiñados en la cámara, otros en la bodega, y el resto sobre cubierta, cada cual como podía.

Pasámos la noche al ancla, y sin molestia de parte del enemigo, en el seno interior de la bahía. Al amanecer se observó con agradable sorpresa que un bergantín—goleta americana—conductor desde luego de provisiones, salva-da la línea marítima del bloqueo, se hallaba muy cerca ya del frente de Santo Domingo, e inmediatamente vol-

vió a tierra gente armada para recibirlo y reocupar la playa; pero encontráronse cerradas las puertas de ésta, y defendidas por los prisioneros españoles y otros a cuya cabeza se había puesto el Comandante Manuel Guerrero, hijo de Cartagena, descorazonado o desleal, con alguna artillería que rehabilitaron; negó el acceso que era imposible forzar, y al momentáneo júbilo sucedió la tristeza. De este buque se apoderó Morillo al ocupar la plaza, y de trece o catorce más, cargados con víveres, hizo presa después por medio del engaño, conservando para el efecto el simulacro del bloqueo marítimo.

Aprovechando un buen viento, los buques de la emigración se movieron juntos a las tres de la tarde del 6, y a toda vela forzaron el terrible paso de Caño de Loro bajo un fuego infernal a quemarropa de las baterías enemigas y lanchas acadenadas en tierra, con insignificantes averías y la pérdida de unos pocos hombres: en mi goleta hubo tres muertos; un fraile entre ellos. Anclaron de nuevo en el Canal de Bocachica, recogieron otros pasajeros, salieron en dispersión al mar, con brisa favorable, cerca de la media noche; y aunque hubieron de pasar forzosamente a menos de medio cable de la fragata *Diana* o de la corbeta *Ifigenia*, o de algún otro de los buques mayores de la escuadra española, pasaron todos sin novedad por negligencia o tolerancia: entonces siguió cada uno, hacinado de infelices fugitivos, el rumbo de su elección o el que la Providencia divina tuvo a bien señalarle.

Mi goleta, desorientada, encalló sobre rocas a la tercera noche, en la costa del Istmo de Panamá, al norte de Chagres, frente a la boca del río Coclé, y su Capitán tuvo que abandonarla, después de habernos echado en tierra.

En la travesía había fallecido el Coronel Sata; en la playa de Coclé fueron a exhalar su último suspiro mi angelical prima Ana Pombo, mujer de Santiago de Lecuna,

que estaba con ella, Juan Gual, y algunos otros desdichados. Era solitaria aquella playa, pero estaba cubierta de árboles de coco, cuya fruta y palmiche prestaron tal cual refrigerio a quien pudo cogerlos; y habiéndose aventurado dos o tres personas que conservaban cierto resto de vigor a cruzar el pequeño río y explorarlo hacia sus cabeceras, dieron afortunadamente con la choza de unos indios y trajeron de allá algunos plátanos y yucas, que en pequeñas raciones devorámos con avidez.

Algo más de una semana había transcurrido, semana de tormentos físicos y morales de todo género, bajo una atmósfera ardiente y lluviosa, cuando apareciendo el corsario español *La Hecha*, Capitán Bedoya, procedente de Portobelo, quedó decidida nuestra suerte; quizás menos desgraciada en general que la del resto de la emigración, víctimas en su mayor parte del brutal porte y la insaciable codicia de los desalmados piratas que les servían de conductores. Trasladados a bordo del corsario y tratados con humanidad, sin perjuicio de quitársenos el dinero y las alhajas que llevábamos, se nos condujo presos a Portobelo, y de allí a Cartagena, en enero de 1816.

Tres de mis respetabilísimos compañeros quedaron comprendidos en la siguiente lista de ciudadanos eminentes y acrisolados patriotas con que inauguró en aquella ciudad su larga serie de fusilamientos oficiales el ejército español, llamado *pacificador*, tras los degüellos a sangre fría hasta de mujeres y niños, perpetrados por el monstruo Morales en el Lazareto de Caño de Loro y en Boca-chica:

- José María García de Toledo.
- Doctor Miguel Granados, de Santamarta.
- Doctor Antonio José de Ayo.
- General Manuel del Castillo Rada.
- Brigadier Manuel de Anguiano, español.
- Teniente Coronel Santiago Stuart, inglés.

Martín Amador.

Pantaleón Ribón, de Mompós.

José María Portocarrero, de Bogotá.

Los demás presos fueron sometidos al servicio de azada y parihuela como presidiarios, o trasladados, en calidad de enfermos, al hospital militar, hasta que, ausentes Morillo y Enrile en el interior, y gobernando la plaza el caballeroso Coronel don Gabriel de Torres, les otorgó indulto y libertad el Virrey Montalvo, el 30 de Mayo, en celebración de los días del Rey Fernando. Al año siguiente obtuve yo permiso para acompañar a mi padre (que de Dios haya), salvado por rara fortuna del patíbulo de los Próceres, en su viaje de proscripción a España.

LINO DE POMBO.

Bogotá, 8 de abril de 1862.

---

## EL TREN DE MEDIA NOCHE

*De innúmeras voces, de humanas colmenas,  
Se escucha en los aires el sordo bullir,  
El monstruo resopla, con las fauces llenas;  
Crujen los errajes, chocan las cadenas  
¡Y el pitazo anuncia que el tren va a partir!*

*¡Cuántas, cuántas veces el pito del tren,  
Con la nota aguda de su diapasón  
Para el que se aleja triste en el wagón  
Y para el que queda solo en el andén,  
Es un machetazo, sobre el corazón!*

*Estación y playa, retratan la Vida;  
El instante negro de fatal partida,  
Todos anhelantes, esperando están;  
Y después en todos sangrando una herida,  
En los que se quedan y en los que se van.*

*Un abigarrado circular de gente,  
El trémolo triste del adiós se siente,  
Flota la tristeza sobre tanto ruido,  
Porque todos saben, desgraciadamente,  
Que ausencia es hermana gemela de olvido.*

*Adiós dice todo: las frases truncadas,  
Los pálidos rostros que ocultan los velos;  
Las manos vibrantes de amor, enlazadas,  
Adiós los silencios, las hondas miradas,  
Adiós las sonrisas y adiós los pañuelos!*

*Por los ventanales miran los viajeros,  
Las doce en la torre se dejan oír;  
Los breques potentes sueltan los freneros,  
Las luces parecen móviles luceros  
Y el tren una sierpe gigante al partir.*

*Su hermoso y humeante penacho lucía,  
Y reverberaba su vientre de fuego,  
Y al ir perforando la noche sombría,  
Dejaba a su paso vibrátil la vía  
Cual brazos tendidos en forma de ruego.*

*Apura la marcha, que empezaba lenta,  
Se oculta en las curvas el último coche.  
Y el monstruo impulsado por fuerza violenta,  
Mientras que se pierde, mientras que se ausenta,  
Ruge entre el profundo túnel de la noche!...*

*Se aleja en silencio la colmena humana,  
La noche está triste, comienza a llover,  
Del tren sólo se oye la sorda campana  
Cual las que doblaron en hora lejana  
Por los que se fueron para no volver.*

DIEGO URIBE.

BOLIVAR Y SUS EMULOS <sup>(1)</sup>

(Para REVISTA MODERNA).

**I**NCONFORMIDAD con lo presente, ambición de imponer su ley sobre la ley antigua, voluntad máxima, desconcertante; desdén de obstáculos morales y físicos que al sentido común aterran, anhelo activo de acomodar la reacia realidad al propio ensueño, fuerza para trastocar lo existente, actividad, sinceridad, confianza en sí, inspiración, visión de lo futuro, dón de imperio, alma trágica: hé ahí algunos de los componentes de la heroicidad.

Inconforme y ambicioso lo fue Bolívar, como héroe genuino. Quiso ser, ser, ser, y fue. Tuvo alas para remontarse a donde remontó su pensamiento. Por eso su ambición no fue megalomanía, sino heroicidad. El vulgo, aun el más incomprendedor, aun el más prevenido, lo columbra. El señor Mitre, que tanto odió al Libertador, que le encontró defectos a porrillo, que falsificó documentos para desfigurarlos, al juzgar, en las últimas páginas de su historia, a Bolívar, lo celebra como a figura altísima en todos los tiempos. Se ha dicho, con razón—lo ha dicho Paul Groussac—que aquella no es lógica conclusión de tales premisas. ¿Por qué Mitre, a pesar de su voluntaria venda de odio, lo alcanza a divisar enorme? Porque a Bolívar lo podrían hasta acusar de hecatombes; nunca de pequeñez. Su heroicidad se impone y descuella: es inconfundible, inocultable.

Algunos historiógrafos acusan al Libertador de cruel por la proclamación de guerra a muerte. Tienen razón. Por lagos de sangre pasó. Iba andando, iba a su objeto, iba

---

(1) Hace parte este artículo de un libro que, con el título de *La Lámpara de Aladino*, prepara nuestro eminente colaborador señor Blanco-Fombona.

a transmutar las cosas sin miramiento a nada. «Veis mis manos llenas de sangre, pero no veis mi pensamiento», dice un personaje de Shakespeare. Empezamos a comprender el pensamiento de Bolívar. Su energía para realizarlo por encima de lo divino y de lo humano, al través de las lágrimas, al través de la sangre, contra la Naturaleza, contra los mismos pueblos a quien servía, sin medios, sin más que aliento, esfuerzo, voluntad; esa potencia de querer en grado superlativo es también prueba inequívoca de la heroicidad.

Los que lo acusan de teatral tienen asimismo razón. Ellos lo juzgan como vulgo que son. No pueden ver la sinceridad, que es la medula de su espinazo y la sangre de su corazón. Sin la sinceridad hubiera sido un falso héroe. No pudo pasar la vida fingiendo: fingiendo patriotismo, valor, generosidad, superioridad, genio. Abrase por cualquier parte su epistolario. El que sepa ver, verá: allí está siempre, no la ingenuidad, sino la sinceridad. Llamea su espíritu de sinceridad.

Lo teatral en Bolívar era el ennoblecimiento de la canalloocracia, el alzar todo lo circundante a un plano superior, el poner decoro en los corpúsculos y dar lustre a la basura. ¿Para qué necesita la basura de lustre y el corpúsculo decoro? La basura, el corpúsculo, el homúnculo contemporáneo de Bolívar se declaraba enemigo del trasmutador: es claro. El homúnculo póstumo, el Mitre, lo llama teatral, fatuo: es natural. «Tenía la cabeza llena de viento y de ideales».

Este historiador hubiera sido enemigo de Bolívar, de los ideales de Bolívar, si hubiera sido su contemporáneo. ¿No le parece que tiene la cabeza llena de viento y de ideales? Los ideales realizados—aquellos ideales que el héroe convirtió en realidad porque tuvo tiempo—le parecen buenos, comprensibles: como que ya son la realidad. Los celebra, los reconoce, los llama ideales.

Pero aquellos otros ideales no menos auténticos, genuinos, bellos, grandes; aquellos ideales no menos ideales—aunque la muerte y la vida impidieron realizarlos,—ésos los desconoce el corpúsculo, y como no los comprende, los desdeña, los tilda de inexistentes, de impracticables, de tontería, de fatuidad, de teatralidad, de humo, de viento. «Bolívar tenía la cabeza llena de viento y de ideales». Es cierto. Algunos de sus ideales, y de los más bellos, quedaron sin concreción, hechos substancia de espíritu, cosa incoercible, viento.

Esta incompreensión, esta enemiga, este salivazo del homúnculo prueba también la heroicidad de Bolívar.

Otros censores, entre ellos, recientemente, el ridículo pedagogo yanqui Hiram Bingham, critican aspectos del carácter militar de Bolívar, por cuanto ciertas operaciones militares del Libertador no se atenían a los patrones clásicos. Es verdad, no se atenían. En eso, como en todo, fue revolucionario, innovador, héroe. Eso prueba también el genio, la heroicidad de Bolívar; en América no hizo guerra europea: hizo guerra americana. No existen modelos; él los crea: para tanto es héroe. Con razón dijo el sagaz y profundo Unamuno: «Bolívar fue un maestro de la guerra, no un catedrático de la Ciencia—si es que es tal—de la milicia... No era un doctor, era un hombre...»

Pocas figuras aparecen en la Historia con más caracteres de heroicidad que la de Simón Bolívar.

La inspiración es esencial, constante, en Bolívar, ya sea para escribir, para hablar u obrar. Su campaña de 1819 es uno de los más osados rasgos de inspiración, sacando con ese vuelo sobre los Andes, como sacó, de la misma suerte adversa, la emancipación de un virreinato.

La inspiración, súbita, surge impensadamente cuando hace falta; en el momento oportuno lo hace señor de las voluntades unas veces y otras creador de medios. Los enemigos—como lo constata Santander, su opositor—llegan

a presencia del héroe: él les habla y quedan neutralizados. Ese es el dón de imperio, la seducción, la inspiración.

Crea de la nada, por inspiración.

Un día, por ejemplo, en Trujillo (Perú), «para hacer cantinas—dice O'Leary en sus *Memorias*,—hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda». Pero faltaba el estaño para soldar. Sucede que al levantarse de una silla Bolívar se rasga el pantalón; inclínase, examina. La materia de aquel clavo puede servirle. «Demás está decir—agrega O'Leary—que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de aquella especie».

La inspiración es tan potente y eficaz en Bolívar que lo\* convierte en vidente, en profético, permitiéndole desgarrar el velo de lo futuro. «Desde 1815—observa García Calderón,—cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no sólo las inmediatas luchas, sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente a sus predicciones como a un conjuro divino».

Cuanto a actividad, no sabe uno cómo alcanzó tan corta existencia—una vida de cuarenta y siete años—para tan grandes obras.

La actividad reformadora era otro aspecto de su heroicidad.

Se ha observado por los historiadores que de 1816 a 1820 no tuvo nunca un mes de descanso. Es cierto, pero hay más: en los años de 1813 y 1814 no tuvo una semana de reposo.

Repásese su vida durante aquellos años y se verá cómo es exacto.

Algunas de las marchas de este soldado no tienen igual en ningún otro capitán. Ya avejentado, gastado, todavía

realiza prodigios de actividad como aquel de montarse a caballo en Lima y venirse a apearse en Caracas, meses después.

Uno de los últimos biógrafos del Libertador, el inglés Loraine Petre, ha escrito hace poco (1910): «Napoleón, en sus mejores días, jamás mostró mayor actividad que Bolívar....»

La actividad mental corre parejas con su actividad física. Apenas duerme diariamente cuatro o cinco horas. Después de un día de marcha, dicta durante horas y horas. Todos los hilos de la política y de la guerra van enarzados al pico de su montura.

Hemos citado a Loraine Petre. Otra observación del historiador británico vendrá aquí como de perilla: se refiere a la energía y al dón de imperio, virtudes culminantes en Bolívar y tan esenciales a la heroicidad.

«Tal vez—dice—las dos más esenciales características de Bolívar son la inmensa influencia personal que ejercía sobre cuantos hombres entraban en contacto con él, y aquella indomable energía y confianza en sí mismo que desplegó hasta casi el fin de sus días, aun en las circunstancias más desesperantes».

Respecto al influjo de Bolívar sobre amigos y enemigos, recuérdese la impresión que produjo en Morillo, su contendor; en San Martín, su émulo; en O'Higgins, el caudillo de Chile; en los diplomáticos ingleses Ricketts y Campbell, los diplomáticos franceses Buisson y Buchet-Martigny; en el marino danés van Dockun, el aventurero italiano Bianchi, los oficiales ingleses y franceses que sirvieron a sus órdenes, como O'Leary, Fergusson, Wilson, Perú de Lacroix, etc.

Un marino norteamericano lo visita en 1819 y escribe su entrevista: «Bolívar es—dice—el más grande de los hombres vivos».

En cuanto a sus tropas basta recordar que se decía que los soldados lo amaban más que los oficiales; y respecto a los oficiales existen, publicadas ya, millares de cartas íntimas donde se transparenta la más férvida afectación. Recuerdo en este momento aquella ingenua expresión del rudo y heroicísimo Córdoba: «Este es el hombre de los hombres». La mayor parte de sus generales quiso proclamarlo Rey.

Loraine Petre, biógrafo también de Napoleón, opina de Bolívar: «Napoleón mismo no alcanzó a extraer de sus soldados tanto esfuerzo ni más admiración».

Escribe Sanín Cano, no nada bolivarizante, que Bolívar obligaba la realidad a convertirse en la ilusión hermosa que llevaba en la mente. Creo que ésta es una de las frases más profundas que se han pronunciado respecto al Libertador.

Esa opinión es de una psicología que penetra hasta los silos del sér boliviano. Ella es la clave de toda una existencia, da la medida de la heroicidad en Bolívar.

Con ninguno de los otros héroes modernos puede compararse al Libertador, ni confundírsele. Ni la estructura férrea de Carlos XII, ni el dón guerrero de Federico, ni la hombría de bién de Washington, ni la simpatía comunicativa de Garibaldi tienen la luminosidad de Bolívar ni su perenne sello de grandeza. Sólo Napoleón posee, como Bolívar esa fuerza íntima, ese fluido magnético que hace girar todo en torno suyo, hasta las adversidades, con la armonía de un coro y la fatalidad de una fuerza de la Naturaleza.

Miranda soñó con una América redenta: es cierto. Aquel largo sueño fue el más bello honor de su vida. Sólo que, cuando pensó concretarlo en realidad, sus hombros apostólicos no resistieron el peso de aquel mundo que sólo Atlante podía llevar sobre los suyos.

No le faltaron ni talento, ni constancia, ni consagración, ni visión del futuro; pero le faltó una cosa esencial al héroe: imperio para imponerse a la adversidad.

Bolívar dijo de uno de sus tenientes: «El General José Félix Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada». A nadie como a él mismo pueden aplicarse aquellas palabras.

Sus émulos se tornan amenazantes, sus enemigos conspiran contra su autoridad: todos terminan por someterse. «La natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible», observa Rodó.

Cuando la misma Naturaleza se opone a los propósitos del héroe, el héroe se encrespa y ruga: «Aunque la Naturaleza se oponga, la venceremos». Y la vence.

San Martín no concibió el ideal de la independencia, aunque más tarde lo sirviera con lucidez. Era un soldado, no un héroe. Mientras Miranda, desde 1806, acomete con las armas la empresa libertadora, San Martín, oscuro teniente coronel, sin ambiciones ni quimeras, sostiene la monarquía absoluta contra los ideales democráticos que las circunstancias le permitirían, andando el tiempo, defender. Sucede otra tentativa de revolución mirandina en 1808, y San Martín permanece al servicio del pasado en la podrida monarquía de Carlos IV. Llega la Revolución francesa a España: San Martín la combate, no sabiendo que lucha por el triunfo de aquello contra lo cual va a declararse un día y a ganar, combatiéndolo, gloria impeccedera. Corre el tiempo: 1810, el año decisivo de América, arriba. San Martín continúa al servicio de España. Se jura la independencia en pueblos de América, se establece la República, peroran los Congresos, chocan las armas: San Martín sigue siempre al servicio del absolutismo.

Llega, por último, el año de 1812: Europa entera comprende, y las mil voces de la opinión comentan, que en

América hay no una revolución, sino un nacimiento de pueblos, que ideales nuevos circulan, que un grande acontecimiento se ha cumplido en el mundo con la emancipación de América. Entonces San Martín abre los ojos y corre a la tierra donde nació a poner al servicio del nuevo Gobierno establecido en su patria su espada y sus conocimientos militares. ¿Preséntase inflamado de sueños, dando batallas, pronunciando discursos, escribiendo constituciones, siendo el verbo de la revolución, arrastrando pueblos? No, prudente y ordenado, empieza por instruir reclutas.

Luégo solicita el puesto de intendente en una pequeña provincia al pie de los Andes, y en cuatro años de octaviana paz formar un ejército de cuatro a cinco mil hombres, con que vence en dos batallas célebres, que son sus únicos laureles durante la guerra de América y durante toda su larga vida de General.

Luégo, en 1820, inváde la costa del Perú al frente de una expedición que organiza y dispone el Gobierno de Chile, inspirado por el mismo San Martín en mucha parte y por la opinión pública, y no creyendo ese Gobierno a Chile seguro mientras que en el Perú gobiernen los extranjeros.

La empresa de San Martín en el Perú fue un fracaso político y militar. Su pacto de Punchauca con el Virrey La Serna para fundar un reino en el Perú, con algún príncipe español, era plan suicida. Aquel proyecto casi antirrevolucionario, aquel proyecto de monarquía española, contribuyó a desopinarlo.

Peleado con el gobierno argentino, que lo acusa, por otras razones, de traición; con la escuadra chilena, que lo abandona; con la opinión pública del Perú, que le hace una revolución y depone y expulsa, con anuencia del ejército argentino-chileno, a su ministro y mentor Monteagudo; no menos en desacuerdo con su propio ejército, cu-

yos más brillantes oficiales, como Las Heras, Necochea, Martínez, etc., no le obedecían, el ilustre San Martín, aislado, desprestigiado, desiluso, se separó de la América, de la guerra y de la política el año de 1822, dejando en el antiguo virreinato peruano un ejército realista más poderoso del que encontrara.

La revolución, que había empezado sin él, en 1806, siguió sin él hasta 1826, en que se rindieron las últimas fortalezas españolas y las islas de Chiloé.

La heroicidad, en cuanto cosa del espíritu, le falta en absoluto a San Martín.

Un hombre que se acomoda al presente, que no siente en sí anhelos y fuerzas de renovación, que es empujado por las revoluciones y no su propulsor, que no seduce a los pueblos, que no se impone a su ejército, que carece de ambición y de imperio y de ideas que suplan las antiguas ideas, podrá ser un gran soldado, un hombre eminente, una figura ilustre, un personaje venerable como San Martín; pero no es héroe.

¡Qué diferencia con el Libertador!

Este habla, desde los diez y seis años, de los derechos de América en la corte del Virrey mejicano; seis años después, a los veintidós, en el Aventino, a la vista de Roma y evocando los recuerdos clásicos del gran pueblo, jura contribuir a que la América esclava se emancipe.

Después, qué hablar, qué escribir, qué poner actividad, fortuna, naciente genio, al servicio de aquella idea no nata aún en el cerebro de los pueblos. Impulsando a los remisos a que se declare la independenciam, exclama: «¡Que los grandes proyectos deben meditarse en calma! Treientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos años todavía?»

Urge a los demás, obedeciendo a aquel volcán que lo impulsa a la obra que un día realizará.

Empuña la espada, en la aurora de la revolución, y no la envaina sino cuando ha recorrido la América del Atlántico al Pacífico y de norte a sur y puede exclamar: «El mundo de Colón ha cesado de ser español».

Por último, cuando no puede realizar su sueño de fundar, con todos los pueblos de América, «la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la Tierra», cuando advierte que el ideal de patrias chicas se impone sobre su altísimo ideal de una común patria gigante, Bolívar, ya moribundo e impotente para hacer triunfar ese ideal, como hizo triunfar el de la emancipación, exclama: «He arado en el mar». Predice que las republiquetas «ingobernables» fluctuarán por mucho tiempo entre la anarquía y la dictadura. «Europa ni se dignará conquistarlas».

Ante ese espectáculo previsto que conturba sus últimos momentos, Bolívar, con el acíbar en el alma, prorrumpe en una de las frases más trágicas que han dicho labios humanos: «Mis dolores existen en los días futuros».

Sí; el desmigajamiento de la América, que pudo ser «la más grande nación de la tierra», no era nada en comparación de la América que entrevió el Libertador en sus días últimos: la América gobernada por «microscópicos caudillos de todos colores y clases, llenos de vicios y de ferocidad». Por eso exclamó: «Mis dolores existen en los días futuros».

Como se advierte, la heroicidad, por dos de sus aspectos: anticipo de porvenir, germen de futuro, realidad de mañana e intensidad máxima de emoción, asume proporciones colosales en Bolívar. El Libertador no sólo siente la necesidad de renovar la atmósfera, de cambiar el medio social, de imponer su sueño a la triste realidad; no sólo transmuta el presente con férrea voluntad al través de obstáculos inimaginables y casi sin medios de acción, sino que prevé y anuncia lo por venir, y no sólo anun-

cia y prevé lo por venir, sino que sufre por esas miserias que todavía no existen. Sus dolores, sus principales dolores, existen en los días futuros. El ideal de Bolívar no era la América latina del siglo XIX. Era otra cosa.

Nada semejante ni en Washington, ni en Sucre, también libertadores, como Miranda, San Martín y Bolívar.

Washington es el personaje de sentido común, el hombre bien equilibrado. Ha hecho una carnicería de colonos franceses, ha hecho campañas contra los indios, a la sombra del Gobierno colonial, a quien sirve. Es coronel de esas guerras. Llega la revolución de su patria por razones independientes a la voluntad de Washington: el Congreso le nombra jefe del ejército. «Obligados a tomar las armas—dice a sus tropas,—no soñamos ni glorias ni conquistas; pero queremos defender hasta la muerte nuestros bienes y nuestra libertad herederos de nuestros padres».

Los bienes heredados preocupan su espíritu tanto como la libertad. En Bolívar no ocurre nada semejante.

Después de su primer triunfo, la ocupación de Boston, excita a sus soldados con estas prácticas palabras: «Servid a un estado que puede recompensar vuestro mérito. . . .» El espíritu calculista de la raza habla por su boca. El mismo aceptará, más tarde, al revés de Bolívar, los dones de la República, y casado con viuda rica, soñará con retirarse, y se retirará, a vivir en calma, en sus posesiones agrícolas. Su instrucción, su talento, sus ambiciones, no traspasan ciertos límites. Pero su virtud ciudadana es grande y verdaderamente heroica.

El magnánimo soldado triunfa de los dominadores de su patria con el apoyo de España y Francia, sin grandes hecatombes, con pacientes campañas metódicas. La opinión del país milita toda en pro de la independencia: lo sirve, no se levanta en su contra, como ocurrió en los pueblos que emancipó Bolívar, emancipados, puede decirse, contra la voluntad de ellos mismos; o con más propie-

dad, cuya enemiga a la independencia duró hasta que la comprendieron. En esta empresa de adoctrinar a sus opositores para ganarlos a su causa, de vencerlos primero y seducirlos después para emanciparlos, Bolívar conoció dificultades y ejerció virtudes que no sospechó Washington.

Los talentos políticos de un Jefferson, de un Madison, de un Adams, de los prohombres del Congreso, son respetados por el virtuoso campeón de Virginia. «Nunca—asegura—faltaré al respeto que debo a las autoridades civiles». Ejerce el gobierno con dignidad, Resuelto a no oírse denigrar por sus malquerientes y calumniadores, «en términos—dice—tan exagerados, tan indecentes, que convendrían apenas a un Nerón, a un malvado, a un ladronzuelo», exclama: «Primero la muerte que una tercera presidencia».

Heroicidad es tragedia, heroicidad es tormento, heroicidad es no poderle decir que no al destino, ir siempre adelante, hasta el Gólgota. Washington suspira por la vida de familia y se consagra a ella. Es Cincinato, el Cincinato de Occidente, como le llamó Byron; pero no el héroe auténtico.

Washington tiene las limitaciones y el egoísmo práctico de su raza. Bolívar piensa en el mundo, Washington en su tierra. El Libertador, desde 1814, piensa en fundar un pueblo que llevara la batuta en los negocios de nuestro planeta. A Washington no le quita una hora de sueño lo que sucede más allá de sus propias fronteras: predica a su país el aislamiento indiferente que él deseaba para sí mismo, satisfecho de haber realizado, sin sobrehumano esfuerzo, obra de nota, suspirando por el sillón de su cuarto, por su Biblia, su pipa y su mujer, que era, como se indicó, una viuda rica.

La suerte quiso que el pensamiento de Bolívar lo realizara el pueblo de Washington y que el pensamiento su-

balterno de Washington—vivir en aislamiento, con humildad—tocara en lote a los pueblos de Bolívar.

Washington es el grande hombre mediocre: buen esposo, buen ciudadano, buen guerrero, buen presidente. Todo con mesura. Lo heroico es lo contrario: lo heroico es lo ilimitado.

La mayor parte de los componentes de la heroicidad no se encuentran en aquel que, sin embargo, fue el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Pero desconfiemos de los títulos: a Cosme de Médicis, tirano cauteloso y cruel, lo llamaron también padre de la patria. Había sido su expoliador.

La ambición heroica que falta a Washington también le falta a Sucre. La virtud contraria a la aspiración heroica es una de las características de ambos: la abnegación. Cierta especie de abnegación: la de ceder, la de no ser obstáculo, la de sacrificarse en la sombra, diferente de la abnegación heroica, que consiste en salir adelante aun cuando se atravesase, como el héroe de Wagner, por entre selvas de llamas.

Sucre, discípulo militar de Miranda, bien pronto supera al maestro. Aunque sale de una academia de matemáticas, se forma por sí mismo en la revolución, por sí mismo cultiva su espíritu: posee un gran talento natural. Es el mejor general científico de América y el más virtuoso. Ni la más leve sombra hay en su historia. En el vértigo de la guerra a muerte, fue magnánimo. En el desbarajuste de las pasiones, fue ecuánime. En el despertar de mil aspiraciones soldadescas, fue desprendido. Hijo de la revolución, fue el hombre del orden. Vástago de una raza presuntuosa y soberbia, fue la representación viviente de la modestia, asentada sobre una dignidad muy vidriosa, pero muy austera y silente.

No quiere aceptar la Presidencia de Bolivia que el Libertador le ofrece; teme ir al Ecuador, porque su ilustre nombre, su gloria resplandeciente, pueden oscurecer a emulillos ambiciosos; propone a Páez, en Venezuela, que ninguno de los generales en jefe pueda ser electo presidente de Colombia. No le cede en desprendimiento y magnanimidad a Washington.

Con todo, Sucre, gran general, hombre de veras ínclito y la figura más pura de la revolución hispanoamericana, no es héroe; no es el héroe.

¡Qué hombre sería Bolívar—exclamó una vez Martí, José Martí,—para que personaje del fuste de San Martín, jefe de ejército, jefe de Estado, dueño de verdes laureles, le ofreciera, apenas lo vio y lo oyó, ponerse a sus órdenes! ¡Qué hombre—puede asegurarse—para haber inspirado la veneración que inspiró a varón tan probo, tan austero, tan recto y de tan analizador y descontentadizo espíritu como el mariscal de Ayacucho!

R. BLANCO-FOMBONA.

Madrid, 1915.

---

## LA MADONA DE NUREMBERG

**A**QUEL día, el primero del año de gracia de 1519, Peter Furhoff estaba intranquilo. Era que su única hija, la bella Greta, se mostraba abatida e indiferente como si la dominara algún pesar oculto. En vano por distraerla hizo colocar en el centro del parque la última estatua salida de manos de Vischer el Mayor. Greta ni siquiera volvió a mirarla, y Furhoff, con un gesto de desaliento salió dejándola sumida en sus reflexiones.

—Teresa, procurad devolverle su alegría, dijo a la dama que desempeñaba en la casa el oficio de compañera. Desde que murió mi mujer habéis tenido para mi hija la solicitud de una madre y ella ha sabido devolveros en cariño y confianza los cuidados que le prodigasteis en su niñez. Tratad de conocer la causa de su abatimiento y poned remedio porque me aflige ver que mi hija, el orgullo de mi vejez, esté consumiéndose tristemente.

—Contad conmigo, señor, respondió la dueña inclinándose. Haré todo lo posible por desempeñar la misión que os dignáis encomendarme.

Furhoff sonrió con aire confiado y se alejó.

Teresa se dirigió entonces a donde su señora.

—¿En qué pensáis, mi noble Greta?

—¡Ah! ¿andabas por ahí, mi buena Teresa? Has venido a despertarme. Me sentía casi feliz, sin pensar en nada...

—Greta, en nombre de mi cariño, quiero que hablemos seriamente. ¿Qué significan esa melancolía y ese aspecto de fatiga que hemos venido observando desde hace tiempo? ¿Estáis enferma? ¿Tenéis alguna pena? ¿No veis que vuestro pobre padre ya no sabe qué hacer para que vuelva la sonrisa a vuestros labios? Si para él no hay en el mundo otra preocupación.

Los ojos azules de Greta se oscurecieron.

—¿Para qué molestarme, Teresa? murmuró. ¿Ignoras que se han presentado varios jóvenes a pedir mi mano y que mi padre ha visto con buenos ojos las pretensiones de uno o de otro porque le ha parecido noble, o arrogante, o rico? Pero yo, aunque no sé del mundo ni de sus caminos, he comprendido que sólo buscan los tesoros de mi padre, y los he rechazado, y esto es lo que me atormenta: el no encontrar fuera de mi casa cariño verdadero.

Oyéndola la dueña, se conmovió.

—¿Y por esto os afligís? Ya habrá muchos que os amen como merecéis ser amada. Por ahora desechad esas niñerías y venid a divertirnos para que vuelva la tranquilidad alrededor vuestro. ¿Queréis que vayamos a ver la terminación del monumento de San Sebaldo? He oído decir que es un prodigio de arte y que lo adorna, entre otras, la estatua del mismo escultor Vischer.

Greta sacudió la cabeza en señal de negativa.

—Preferís pasar por la tienda de Hans Sachs, y despojaros de vuestras negras ideas escuchando sus canciones? Si supierais cómo lo elogian.

Nueva señal de improbación de Greta.

—¿Queréis que demos un paseo por las orillas del Peignitz y que regresemos por las murallas?... ¿No? ¿Queréis entonces que hagamos una visita al taller de los hermanos Vischer, ya que tanto os agrada toda obra de arte?

—Vamos allá, dijo Greta levantándose. Arréglame y partamos.

Teresa sonrió. Cuando Peter Vischer el Joven ejecutó algunos trabajos en la casa, había notado que la obra no avanzaba porque los ojos del artista se apartaban de ella con demasiada frecuencia para vagar en busca de Greta, y había creído observar también que a Greta parecían no desagradarle aquellas miradas. Vischer era uno de los más apuestos garzones de la ciudad, con su tez de marfil, su barba rubia y sus ojos azules cargados de ensueños.... ¡Ah! Si con esa visita volviéramos el brillo a las pupilas de Greta! Y, apresurándose, le vistió rico traje de seda blanca y escama de plata que le recogió al lado con un broche de perlas, y luego, con adoración, le cubrió la cabeza con un velo orlado de encajes.

—En verdad que sois bella, exclamó contemplándola, bella como las vírgenes del cielo.

Greta sonrió complacida.

—Vamos, mi buena Teresa, dijo. Y apoyándose en el brazo de su compañera se encaminaron al taller de los dos escultores, que eran honra y prez de Nuremberg en aquellos días del Renacimiento. Más tarde pasearía por las riberas del Peignitz y recorrería las murallas reconstruidas por Federico Barbarroja; tiempo quedaba para admirar el templo de San Sebald que decían ser prodigio de arquitectura, y para escuchar los cantos de Hans Sachs, el de los *Maestros Cantores*.

\*  
\*  
\*

En el espacioso taller, bañado por el sol, los dos Vischer trabajaban activamente. El mayor de los hermanos cincelaba un candelabro que debía ir a decorar un salón señorial; Peter, algo retirado, tallaba en madera una figura de mujer que se distinguía confusamente por hallarse en el rincón menos claro de la estancia. De repente el silencio se interrumpió. Peter acababa de arrojar su escoplo, y sentado al pie de su obra, la contemplaba con expresión de tan hondo desaliento, que su hermano se aproximó alarmado.

—¿Qué te pasa? le preguntó en tono afectuoso.

Peter, no pudiendo contenerse, dejó desbordar el secreto que llenaba su pecho.

—Escúchame, querido hermano, le dijo; sé indulgente con mi locura y ayúdame a remediarla si aún no es tarde. Desde que Peter Furhoff me llamó a su casa para ornamentar la sala de honor, no tengo otra idea ni otro pensamiento que su hija Greta. Su imagen me persigue quitándome reposo y tranquilidad, y no consigo desechar un momento su recuerdo. Cuando trabajo, ella embarga mis facultades y a ella pido inspiración. Siempre ella. Mira, ¿ves? La Madona, en que he puesto todo el arte

de que soy capaz, es ella! Contéplala y dime si el amor no hace milagros.

Y empujó la estatua hacia el centro del taller, en plena luz. Era una esbelta figura de mujer; la túnica caía en pliegues armoniosos y sueltos, como formados por tela finísima; había tal gracia y flexibilidad en las líneas del cuerpo, tanta delicadeza en las manos, enlazadas en adoración, tal expresión de pureza y de dulzura en el rostro, que Vischer el Mayor quedó deslumbrado.

—Eres el primero de todos nosotros, dijo con ferviente espontaneidad. De un golpe has llegado a la perfección.

Con gesto amargo Peter respondió:

—He querido dar vida a aquella a quien amo, y ella ha guiado mi mano. Pero, ¿qué importa, si nunca ha de saberlo? ¿Cómo esperar que la hija del acaudalado Furhoff se digne mirarme? He sido un loco en soñar con ella....

La realización de su sueño, sin embargo, se acercaba, llamaba a su puerta. El amor, que había dirigido la mano del escultor, guiaba ahora los pasos de Greta.

La puerta del taller se abrió suavemente, y en el umbral, radiante como una visión, apareció la Madona de Nuremberg, la divina Greta a quien debía consagrar la pasión y el arte de Vischer el Joven, como el Vinci a Mona Lisa y Rafael a la Fornarina.

Greta nunca quiso que la estatua se retocara, sino conservarla como la encontró aquel día en que el destino la llevó al taller de los dos hermanos. Por eso tiene la expresión de melancolía que le había prestado el artista cuando trabajaba sin esperanza.

Algunos críticos dudan de que la maravillosa Madona, joya de Nuremberg, sea obra de Vischer el Joven, de quien no se conoce ninguna otra talla en madera.

L. SCHWOB.

## REVISTA POLITICA

**D**ESPUES de seis años de ausencia del país—de ostracismo voluntario y errante al través de América y Europa—el General Reyes vuelve a pisar tierra colombiana.

Más que el peligro que podría entrañar su regreso, más que el amargo sabor del coro de injurias con que lo saludarían sus adversarios, pudo en el ausente la visión de la patria lejana. El momento llegó en que su vida cosmopolita y errabunda le fue aborrecible; y el General Reyes, que como ningún otro colombiano conoció el vértigo de las alturas y de los abismos, de la apoteosis y de la caída, entra silenciosamente a la capital, no ya como otras veces «entre lluvia de flores y al estruendo de músicas marciales».

En vano el odio y la venganza querrán hacer del General Reyes ejemplar de la raza de Melgarejos y Zelayas. La historia imparcial recogerá sus errores—que ojalá nunca se repitan—y de los cuales fueron partícipes y quizás responsables sus consejeros inmediatos y sus colaboradores en asambleas y plebiscitos; pero también le abonará en cuenta, sin olvidar su vida privada intachable, obras que han sobrevivido al desastre de un régimen y de las cuales no puede prescindir el progreso del país.

Al nombre del General Reyes va vinculado en cierto modo algo del honor nacional. El barro que se le arroja al rostro, y más si éste es modelado en la forma de cartas que nuestro patriotismo y dignidad nos hace considerar apócrifas, cruzadas con gobiernos extranjeros y que bastaría la simple consideración de decoro nacional para afirmar falsas, mancha nuestro nombre de colombianos. El ciudadano a quien se quiere hacer aparecer como

traficante desairado por un Presidente de Venezuela, fue el primer magistrado de la República; en su obra política colaboraron miles y miles de colombianos eminentes que también tienen un decoro y un honor.

Deseamos que se cumpla la obra de la justicia. Si se considera al General Reyes como culpable, la ley señala el camino para juzgarlo. Existe el Supremo Tribunal que lo oiga, lo absuelva o lo condene. Quizás él mismo, cuya venida coincide con la reunión de un congreso en cuya elección no tomó parte, pida el ser llamado a juicio.

Entretanto, la diatriba personal—por justos que sean los móviles que la inspiran, pero que en ningún caso debe ser considerada como forma de sanción o de justicia—puede traer como sola consecuencia el revivir incendios extinguidos.

¿Qué móviles han impulsado al General Reyes a regresar al país? El afirma en reciente telegrama dirigido a diversos órganos de la prensa: «... He venido a buscar el calor de la patria y los cuidados de mi familia, libre de odios, alejado de la política y deseoso de morir en paz a la sombra de la bandera de Colombia, que tantas veces he saludado en mi voluntario destierro».

Esta declaración, si sincera, bastaría para que su nombre y su persona fuesen rodeados de respeto y de consideraciones por los colombianos.

\*  
\* \*

Conocen nuestros lectores la sublevación de indios guahibos, sálivas y piapocos y su irrupción amenazante sobre Quirey, puerto situado en la banda derecha del río Vichada. El Corregidor, en previsión de una matanza, hizo retirar a las familias blancas a la población de San José de Ucné.

Se atribuye la sublevación, y parece que no sin fundamento, a manejos del Coronel Funes, quien con una

banda de forajidos venezolanos ocupó a Maipures desde mediados de 1913.

Funes, empleado del Gobierno de Venezuela, pretendió extender su autoridad hasta el citado corregimiento de Quirey, situado a cinco jornadas de la línea fronteriza. El Comisario especial del Vichada, mediante una actitud enérgica, consiguió entonces la desocupación de ese lugar. Hoy los indios, sin motivo justificado alguno, toman las armas y amenazan una población colombiana.

Debemos recordar que la capital oficial de la Comisaría del Vichada es Maipures; pero en vista de que Venezuela ocupa militarmente la región hasta Santa Rita, el Gobierno ordenó que la Comisaría se fijara en San Rafael de Murillo, en la banda derecha del Meta. Puede calcularse que trescientas leguas de territorio colombiano se hallan ocupadas por Venezuela.

Esta ocupación es a un mismo tiempo colonial y militar. En Orocué, por ejemplo, circula moneda venezolana, y ha llegado el caso de que la nacional se cotice con descuento. En Maipures, Venezuela mantiene una guarnición de quinientos hombres armados. Entretanto, el cuerpo de Policía fronteriza colombiana estacionaba en Orocué, a más de cien leguas de la frontera.

Por concesión del Laudo que fijó los límites entre ambos países, se permitió a Venezuela que mientras construía un camino que salvase los raudales de Maipures, pudiera hacer su tráfico comercial por territorio colombiano, como se ha venido efectuando.

Ignoramos si el término fijado para esa concesión es de plazo vencido. En todo caso no será extraño que Venezuela responda a Colombia, cuando ésta reclame soberanía sobre los ricos territorios ocupados, con la célebre frase del Rey de Cerdeña al entrar a Roma:

*Ci siamo, ci resteremo.*

LA DIRECCIÓN.

## LA DESCONOCIDA

## RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PUBLICADOS:

El Coronel Arturo Lenox se dirige a Petrograd para ver a su hija. En la frontera rusa, una elegante joven, de deslumbradora belleza, consigue de él que, aprovechándose de que en el pasaporte del Coronel figura también el nombre de la señora Lenox, acceda a hacerla pasar como su mujer, consiguiendo así entrar en Rusia. Hasta Petrograd Lenox representa el papel de marido, que aceptó con tanta ligereza. Pero comprendiendo tarde lo peligroso de su situación, se decide a no prolongar por más tiempo la impostura. Provoca entonces una explicación con Elena—es el nombre de su pretendida esposa.—Con estupor escucha su declaración de que ambos corren un gran peligro. Y en tanto que ella habla, Lenox ve que empuña resueltamente un revólver de bolsillo. La que en Rusia pasa como su mujer, es una nihilista! El Coronel piensa por un momento en ir y confesarlo todo a la policía; pero perdería a Elena, y se perdería él también: ¿acaso no se ha hecho cómplice de la bella conspiradora al prestarle su pasaporte y al presentarla como su esposa tanto a su familia como al mismo jefe de la policía secreta, el barón Friedrich? Pasa una noche sin que Elena regrese al hotel. Lenox queda sumido en la mayor perplejidad. La Desconocida vuelve al amanecer. De común acuerdo resuelven salir inmediatamente de Rusia. En vano uno de los primos de Lenox, Sacha Weletsky, insiste para que Elena, a quien hace la corte, vaya al baile de la condesa Ignatiel: ella persiste en su resolución de viaje. El rumor se difunde de que el Zar asistirá al baile. Al día siguiente, en el instante de partir, Lenox recibió la noticia de que Elena resuelve quedarse y asistir al baile. En la carta en que le comunica su determinación, ella le ruega que parta solo. Lenox se dirige a la estación del ferrocarril. El tren ha partido. A su regreso su pretendida mujer le reprocha el no haber cumplido sus instrucciones. Ambos asisten al baile, y en un momento dado, Lenox adquiere la convicción de que Elena pretende asesinar al Zar. A fin de salvarlo, vierte en una copa de champagne una dosis de opio y la ofrece a Elena, quien pocos instantes después cae desvanecida en sus brazos.

## IX

El incidente causó viva emoción. La noticia se propagó en los salones: «¡La hermosa americana ha sufrido un vértigo!» Se formó un círculo a mi lado. Sin corresponder a testimonios de simpatía ni a exclamaciones de sor-

presa, huí con mi penoso y terrible fardo en brazos. Mis fuerzas se habían decuplicado. Fue asunto de pocos instantes el envolver en un manto el bello cuerpo inanimado y depositarlo en un carruaje. ¡Había salvado la vida del Zar!

Nueva y terrible angustia me esperaba: Elena yacía rígida y al parecer muerta. ¡Dios mío! Si la dosis habría sido en extremo violenta. . . . Si jamás despertaría. . . . Durante el trayecto empleé cuantos medios me sugirió la memoria. Con la navaja hendí el corset desde la cintura hasta la espalda y corté cintas y cordones, a fin de que pudiese respirar libremente; friccioné sus brazos desnudos sin detenerme ahora a admirar su delicioso modelado; golpeé la espalda sin ver sus líneas armoniosas: la sacudí entre mis brazos hasta hacer chocar las perlas de sus dientes: todo quedó sin resultado.

Grande fue mi sorpresa al entrar a nuestro departamento. Acababa de depositar el cuerpo de Elena sobre un sofá del salón y buscaba los fósforos en la obscuridad, cuando sentí ligero ruido de pasos. Alguien pretendía salir del aposento.

Era preciso no perder la serenidad y saber si tenía que entenderme con un espía o con un ladrón. Empuñé el revólver de Elena y corrí hacia la puerta. Dejé caer una mano sobre la garganta del intruso y le puse la pistola en la frente.

--Es inútil toda resistencia, dije en voz baja y rápida. Encienda un fósforo o le levanto la tapa de los sesos. . . . Fui obedecido. Enorme fue mi sorpresa al reconocer a la señorita de Launay, la institutriz de los Weletsky! Nunca he perdido mi frialdad en los momentos supremos. Adivinando un nuevo peligro, pero no queriendo que escapase aquel inoportuno testigo, cerré la puerta y guardé la llave en mi bolsillo.

—Mi mujer está enferma, le dije. Quizá un ataque al corazón. Espere usted aquí.

Entré a mi dormitorio y regresé con el frasco de belladona. Diluí unas gotas en agua y le administré una dosis, según la prescripción médica. El efecto fue inmediato: las pupilas se dilataron.

—Y ahora, dije a la francesa, usted va a ayudarme a cuidar a la señora. Y le ordené procediera a un masaje razonado y enérgico. En tanto que me obedecía, la interrogué:

—¿Ha venido usted a robar?

—¿Cómo puede creerlo?

—Entonces, ¿es usted espía de la policía secreta?

—Es verdad, dijo la institutriz en un suspiro. Usted lo ha dicho. Sin embargo, he venido esta noche por mi cuenta. Quería encontrar la carta que *él* le dirigió ayer (y lanzó una mirada de odio sobre la enferma). Quería encontrar un papel cualquiera que me permitiese confundir al hombre que jura amarme, probarle que miente, que él ama únicamente a esta mujer.

—Podremos entendernos, si dice usted la verdad. Ayúdeme en su reposición y en pocas horas se verá libre de ella. Fricciónela sin descanso. Algo de brusquedad no le iría mal.

La señorita de Launay aplicó a mi mujer un masaje que le hubiera envidiado el más terrible atormentador de un baño turco. La sacudía con vigor tal que al cabo Elena empezó a defenderse con instintiva resistencia. Era, en verdad, hermoso espectáculo el de aquel masaje de odio que, sin embargo, salvaba a la hermosa víctima.

El furor de su rival hizo que Elena recuperase poco a poco el sentido. Renunció a describir la expresión de su primera mirada: ¡comprendía todo cuanto había acontecido!

—¡Miserable! exclamó. ¡Usted ha desbaratado la única esperanza que se ofrecía para libertar un gran país!

—Querida, le dije, la esperanza del país constituía la certeza de mi muerte. Y francamente le confieso que no tengo ningunos deseos de morir.

—¿Qué vale su existencia al lado de la libertad de noventa millones de hombres?

Un rayo de ferocidad brilló en sus ojos.

—¡Lo aborrezco a usted! exclamó.

El sufrimiento oprimió su garganta, ahogó su voz y cortó el hilo de su nihilista elocuencia. La obligué a tomar café mezclado con belladona.

—Es preciso, dije. Debe usted recuperar sus fuerzas para el viaje de mañana.

—Y pensar que tuve en mi poder a ese hombre, que mi gesto habría libertado a Rusia, vengado los oprimidos que gimen bajo el talón del tirano!...

—Querida Elena, habla usted como una polonesa.

—¡Polonesa soy! exclamó con fiereza.

—¿Qué me cuenta usted?

—¡Polonesa, sí, por mi padre y para desgracia de mi familia!

Ya un poco calmada, prosiguió:

—Nadie debe condenarme sin oirme. Usted cree que tengo corazón de asesino. Escuche mi justificación.

Me relató entonces una conmovedora historia, episodio trágico de una de las insurrecciones de Polonia: su padre había muerto combatiendo; su madre, desterrada a Siberia, había sucumbido en la desesperación.

—Me salvó entonces el ser yo muy niña. Los parientes de mi madre son ricos. Uno de mis tíos me llevó a América. Terminé mi educación en Austria. Entonces conocí la fatal historia de mis padres. Y ahora, puesto que mi raza se halla oprimida, despojada, arrojada de sus hogares, ¿por qué habría yo de perdonarlo?

—Porque el actual Emperador no es reponsable personalmente. . . .

—¡Que no es responsable! Es representante del sistema ¡Que no pretenda ser perdonado! Y añadió con voz nerviosa: ¡Usted ha detenido el brazo de la justicia; jamás lo olvidaré!

—Por Dios, Elena, ¿puede usted odiarme a causa de que le haya impedido cometer un crimen?

—¡Lejos de aquí! exclamó; no quiero volverlo a ver. ¡Quien como usted teme morir por la libertad tiene alma de esclavo!

Mi presencia aumentaba su excitación.

Me retiré a fin de respirar un poco de aire, no sin advertirle que partiríamos al día siguiente. Cuando regresé, amanecía. Después de tantas emociones, caí vencido por el sueño.

## X

Al siguiente día, con anticipación a la hora fijada en el horario de los trenes, Elena y yo abandonámos el hotel y nos dirigimos a la estación de Varsovia. En lo íntimo de mi alma me felicitaba por haber escapado al barón Friedrich. Me acerqué al expéndice de tiquetes y pedí al empleado dos pasajes para Berlín.

—¿El número de su pasaporte?

—7287.

El empleado consultó una lista que tenía al alcance de la mano, hizo un gesto de sorpresa, ajustó los anteojos, miró de nuevo el papel, y dijo:

—Mucho lo siento, pero tengo orden de no vender tiquetes a los viajeros del pasaporte 7287.

Sentí como si se me hubiese descargado un puñetazo en la cabeza. Insistí con voz entrecortada:

—Este pasaporte me ha sido entregado sólo hace dos días. Debe haber equivocación. . . . 7287. . . .

—Es el mismo número. Ignoro si existe confusión; en todo caso me es imposible, sin nueva orden, entregar los tiquetes. Debe usted, para rectificar el error, dirigirse a la policía....

Y se dirigió al viajero siguiente. Confieso que me invadió un frío de muerte. Tuve necesidad de todas mis fuerzas para no vacilar y sintiendo el peso de una inmediata catástrofe me reuní a Elena. No me interrogó, pues desde lejos había observado la escena: estaba más muerta que viva. Tomando mi brazo y alejándome de la muchedumbre, me dijo en voz baja:

—Preciso es obrar como si la razón estuviera de nuestra parte, como si fuésemos víctimas de un error. Por lo pronto debemos devolver el equipaje al hotel.

Ordené conducir baúles y maletas al Hotel Europa, montámos en un coche y nos dirigimos al mismo departamento que acabábamos de abandonar. Durante el trayecto me asaltó loco temor de que ella saltase al andén y desapareciese en algún refugio nihilista abandonándome a los rigores de la policía.

—¿Qué piensa de lo que nos ocurre? pregunté a fin de romper nuestro penoso silencio.

—Pienso en que la trampa ha caído sin remedio sobre nosotros y que ello implica la muerte. ¡Lo he perdido, Arturo, perdóneme usted!

Cayó en mis brazos sollozando.

Permanecí insensible a esta afectuosa demostración. Los encantos de mi compañera desaparecieron totalmente ante la lúgubre perspectiva.

Al llegar al hotel, Elena se calmó de pronto.

—Se ha cometido un error absurdo en nuestro pasaporte, dije al empleado. Voy a hacerlo rectificar. Entretanto, conservo el departamento.

Con sorpresa observé que este personaje que siempre

me había mostrado obsequiosa deferencia, pareció contrariado, espantado quizás, al oír mi determinación.

—Coronel Lenox, dijo, vivamente lo lamento, pero de manera terminante nos está prohibido recibir pasajeros cuyos pasaportes no estén en regla.

—¡Que no estén en regla! exclamé con indignación. ¿Pretende usted acaso que este pasaporte no se halla con todas las formalidades? Enviaré a buscar a mi buen amigo el barón Friedrich: talvez su testimonio le sea suficiente. . . .

—Sin duda, claro es que sí, murmuró el empleado. Créame usted, lamento lo ocurrido; pero la orden de la policía a este respecto es terminante.

Un sirviente llevó dos líneas a mi omnipotente amigo. En ellas le suplicaba el favor de venir cuanto antes al hotel Europa.

Media hora después llegó el barón y me saludó con sonrisa enigmática.

—¡Ah, querido Lenox! exclamó efusivamente. ¡Ah señora! ¿Acaso alguna ligera indisposición impidió el viaje de la señora en el tren de las doce?

Al contarle lo que ocurría, abrió los ojos—desmesuradamente quizás—tras de las gafas azules.

—Una equivocación de aquellos imbéciles del ferrocarril. Esté tranquilo, mi querido Lenox. Uno o dos días serán suficientes para que todo quede arreglado. Dedíquese a cuidar a su encantadora mujer y consuélase pensando que quizás a ella no le sentaría bien el viajar hoy.

R. H. SAVAGE.

(Traducción especial para REVISTA MODERNA).

(Termina en el próximo número)

## Notas.

Con la bondadosa autorización del **Bolívar en 1810.** Honorable señor don Alejandro Mancini, reproducimos el retrato de Bolívar perteneciente a la colección particular del brillante diplomático e historiador don Julio Mancini, muerto en París en 1913. Fue hecho del natural por Charles Gill, discípulo de Reynolds y pintor a la moda en Londres en 1810, cuando la misión de Bolívar, López Méndez y Andrés Bello, enviados por la Junta de Caracas a tratar con el Gobierno británico. Apareció reproducido por primera vez como portada de la obra de don Julio Mancini, *Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles*, que quedó trunca infortunadamente, por la muerte de su autor, quien había adquirido el retrato en Londres en 1911, salvándolo de pasar a manos indiferentes.

◆

**Ferrocarril de Santamarta.** Con criterio elevado e independiente, el Poder Ejecutivo resolvió, con fecha 20 de junio, no aceptar las bases de la nueva prórroga, propuestas por la Compañía del Ferrocarril de Santamarta, las cuales habían sido presentadas al Ministro de Obras Públicas y pasadas por él al estudio del Consejo de Ministros. El informe del Ministro de Gobierno declara que la Compañía ha dejado de cumplir con las obligaciones contraídas en el artículo 1.º del último contrato celebrado con ella en 1903. Desde la negociación inicial, pactada en 1881, la Compañía había venido obteniendo prórrogas en 1887,

1890, 1893, 1897 y 1903. La medida adoptada hoy, acercará la solución de un asunto a que están vinculados serios problemas y grandes intereses.



**Cámara de Representantes.** Para la elección de Representantes está dividida la República en los Distritos electorales de Antioquia, Barranquilla, Bogotá, Cali, Bucaramanga, Cartagena, Cúcuta, Facatativá, Ibagué, Manizales, Medellín, Neiva, Pasto, Popayán, Santamarta, Santa Rosa de Viterbo y Tunja. El resultado eleccionario en cada uno de esos distritos fue el siguientes:

**ANTIOQUIA.**—Mayoría: principales, Marceliano Vélez, César García, Sacramento Ceballos y Jorge Lozano Valencia. Minoría: principales, Miguel Triana y Rafael del Corral. (Faltan los suplentes).

**BARRANQUILLA.**—Mayoría: principal, Pedro Salazar. Suplentes: 1, Ismael Insignares; 2, Néstor Cepeda. Principal, Francisco Carbonell González. Suplentes: 1, Próspero Esparragoza; 2, Francisco Jiménez V. Minoría: principal, Tomás Surí Salcedo. Suplentes: 1, Francisco Vizcaino; 2, Manuel J. Caamaño.

**BOGOTÁ.**—Mayoría: principal, Ramón González Valencia. Suplentes: 1, Carlos Núñez Borda; 2, R. Urdaneta Arbeláez. Principal, Nicolás Perdomo. Suplentes: 1, Francisco J. Barbosa; 2, Alejandro Lezaca. Principal, Lorenzo Cuéllar. Suplentes: 1, Liborio Escallón; 2, J. M. Manjarrés. Minoría: principal, Antonio José Iregui. Suplentes: 1, Cesáreo Pardo; 2, Florentino Pérez Aguirre. Principal, Daniel Arias Argáez. Suplentes: 1, Antonio Vargas Vila; 2, Liborio Cuéllar Durán. Principal, Uldarico Rozo. Suplentes: 1, Gabriel Ortiz Williamson; 2, Valerio Cortés.

**BUCARAMANGA.**—Mayoría: principal, Rafael Neira F. Suplentes: 1, Alejandro Noriega; 2, Melquíades Carrizosa. Principal, Emilio Pradilla. Suplentes: 1, José Antonio Escandón; 2, Jorge Méndez Rueda. Principal, Pedro Elías Mendoza. Suplentes: 1, Daniel Gómez Pinzón; 2, Luis F. Becerra López. Principal, Rafael Quijano Gómez. Suplentes: 1, Pedro Silva Otero; 2, Alejandro Peña Puyana. Minoría: principal, Enrique Sánchez. Suplentes: 1, Jacinto Vargas; 2, Daniel Peralta. Principal, Enrique Lleras. Suplentes: 1, Samuel Rey R.; 2, Fernando García B.

**CALÍ.**—Mayoría: principal, Tulio E. Tascón. Suplentes: 1, Andrés J. Lenis; 2, Valentín Ossa. Principal, Manuel A. Carvajal. Suplentes: 1, Francisco Lenis H.; 2, Alberto Holguín L. Principal, Gonzalo Lozano. Suplentes: 1, José Ignacio Ospina; 2, Justiniano Durán. Principal, Mariano Montoya. Suplentes: 1, Luis Salas B.; 2, Alfonso Jaramillo. Minoría: principal, José M. Saavedra Galindo. Suplentes: 1, Alfonso Restrepo; 2, Rafael Rengifo O. Principal, Demetrio García Vásquez. Suplentes: 1, Carlos N. Rosales; 2, Heliodoro Jaramillo.

**CARTAGENA.**—Mayoría: principal, Juan N. Botet. Suplentes: 1, Enrique F. Arrázola; 2, Efraim Posada. Principal, Enrique A. de la Vega. Suplentes: 1, Enrique Taboada G.; 2, Erasmo Baños. Principal, Francisco Padrón. Suplentes: 1, Emiliano L. Ferreira; 2, Antonio Pedro Jasje. Principal, Miguel M. Torralbo. Suplentes:

tes: 1, José M. Pasos; 2, Rafael Figueroa H. Minoría: principal, M. T. Mendoza Amaris. Suplentes: 1, Aquileo Osorio; 2, Olimpo del Valle. Principal, Carlos A. Urueta. Suplentes: 1, Lizardo Porras; 2, Sergio Zarante R.

CUCUTA.—Mayoría: principal, Luis Morales Berti. Suplentes: 1, José Rafael Unda; 2, Eduardo Díaz. Principal, José Joaquín Villamizar. Suplentes: 1, Rafael Carvajal; 2, Guillermo Cote B. Principal, Rafael Quijano Gómez. Suplentes: 1, Pablo Antonio Ramírez; 2, Ambrosio Mantilla. Principal, Manuel García Padilla. Suplentes: 1, Antonio Ujueta; 2, January Sarmiento. Minoría: principal, Miguel Villamora. Suplentes: 1, Manuel A. Pineda; 2, Miguel Durán D. Principal, Hemel Flórez L. Suplentes: 1, Manuel M. de la Rosa; 2, Enrique Pardo F.

FACATATIVA.—Mayoría: principal, Rafael Alvarado. Suplentes: 1, Pedro M. Ortega; 2, Antonio García C. Principal, Edmundo Cervantes. Suplentes: 1, Ricardo de la Parra; 2, Manuel de J. Barreto. Principal, J. Isaías Gamboa. Suplentes: 1, Antonio Pachón; 2, Juan N. Corpas. Principal, Ignacio Moreno E. Suplentes: 1, Wenceslao Medina; 2, Alberto Vélez Calvo. Minoría: principal, Laureano Gómez. Suplentes: 1, Luis F. González; 2, Teodosio Correa. Principal, Aquilino Gaitán. Suplentes: 1, Campo E. Achuri; 2, Ramón Osorio.

IBAGUE.—Mayoría: principal, Luis V. González. Suplentes: 1, Antonio Pineda V.; 2, Roberto Leiva. Principal, Luis R. Moreno. Suplentes: 1, Julián Restrepo Hernández; 2, Rafael S. Restrepo. Principal, Santiago Sánchez Soto. Suplentes: 1, Sebastián Moreno Arango; 2, José Manuel Restrepo. Minoría: principal, Alfonso López. Suplentes: 1, Alberto Castilla; 2, Andrés Rocha.

MANIZALES.—Mayoría: principal, Víctor Manuel Salazar. Suplentes: 1, Pablo E. Gutiérrez; 2, Luis M. Mejía F. Principal, Carlos Jaramillo. Suplentes: 1, Juan de D. Gutiérrez; 2, Tomás C. Díaz. Principal, Antonio José Cadavid. Suplentes: 1, Lisandro Restrepo; 2, Teodosio Ramírez. Principal, Enrique W. Fernández. Suplentes: 1, Alejandro Múnera; 2, Marco A. Barrientos. Minoría: principal, Jaime Mejía. Suplentes: 1, Tobías Jiménez; 2, Juan B. López O. Principal, Nicolás Mendoza. Suplentes: 1, José J. Hernández; 2, Juan de Dios Franco.

MEDELLIN.—Mayoría: principal, Ramón Arango. Suplentes: 1, Julio E. Botero; 2, Braulio Mejía. Principal, Francisco E. Tobar. Suplentes: 1, José M. Mesa Jaramillo; 2, Jesús M. Espinosa. Principal, Felipe Ramírez. Suplentes: 1, Rafael Arango M.; 2, Manuel F. Soto E. Principal, Clímaco Ramos. Suplentes: 1, Floro Gómez; 2, Ricardo Olano. Minoría: principal, Ricardo Restrepo C. Suplentes: 1, Juan B. Arango M.; 2, Ramón Ramírez M. Principal, Carlos Uribe E. Suplentes: 1, José V. Ríos S.; 2, Víctor D. Mejía.

NEIVA.—Mayoría: principal, Luis Enrique Bonilla. Suplentes: 1, Alfonso Medina; 2, Rafael Carvajal. Principal, Lorenzo Cuéllar. Suplentes: 1, Escipión Jaramillo; 2, Gonzalo Pérez. Minoría: principal, Arcadio Charry. Suplentes: 1, Juan Antonio Castillo; 2, Baldomero Charry.

PASTO.—Mayoría: principal, Manuel M. Rodríguez. Suplentes: 1, Adolfo Guerrero; 2, Rosendo A. Benavides. Principal, Francisco Albán. Suplentes: 1, José Félix Arizala; 2, Federico Payán. Principal, Ricardo Zarama. Suplentes: 1, Julio C. Moncayo T.; 2, Horacio Galindo. Principal, Medardo Bucheli. Suplentes: 1, Sergio A. Burbano; 2, Carlos A. Ortega. Minoría: principal, Néstor Felipe Chaves. Suplentes: 1, Carlos A. Ortega; 2, Carlos Benavides G. Principal, Daniel Zarama. Suplentes: 1, Nectario León; 2, Gonzalo Torres.

POPAYAN.—Mayoría: principal, Francisco J. Urrutia. Suplentes: 1, Adolfo Córdoba; 2, Francisco J. Velasco. Principal, Antonio Paredes. Suplentes: 1, José María Arboleda Ll.; 2, José Domingo Rojas A. Principal, Escipión Jaramillo. Suplen-

tes: 1, Tomás Olano Riascos; 2, Maximiliano Tello. Principal, Jaime Delgado. Suplentes: 1, Jenaro Payán; 2, Mariano Argüelles. Minoría: principal, Temístocles Rengifo. Suplentes: 1, Francisco José Chaux; 2, Tobías Vergara. Principal, Carlos N. Rosales. Suplentes: 1, Domingo Irurita; 2, Julio César Arce.

SANTAMARTA.—Mayoría: principal, Florentino Manjarrés. Suplentes: 1, Pablo J. Fonnegra; 2, Julio Posada A. Principal, Francisco Vergara Barros. Suplentes: 1, Atilio Díaz Granados C.; 2, Nelson C. Monsalvo. Principal, Rodolfo Danies. Suplentes: 1, Francisco C. Fuentes; 2, José María Valdeblánquez. Minoría: principal, José Ignacio Díaz Granados. Suplentes: 1, Isaac Pereira; 2, José A. Llanos.

SANTA ROSA DE VITERBO.—Mayoría: principal, Luis Suárez Castillo. Suplentes: 1, Roberto Mora Toscano; 2, Alfredo Perilla. Principal, Julián Arango. Suplentes: 1, Sotero Peñuela; 2, Senén Arenas. Principal, Julio Durán. Suplentes: 1, Rufino Ussa; 2, Antonio María Vargas C. Principal, Luis F. Torres E. Suplentes: 1, Miguel Molano C.; 2, Pedro León Torres. Minoría: principal, Francisco Montaña. Suplentes: 1, Francisco Niño Torres; 2, Enrique Muñoz T. Principal, Nemesio Isaza. Suplentes: 1, Félix Archila; 2, Dionisio Salazar.

TUNJA.—Mayoría: principal, Jesús García. Suplentes: 1, Carlos Neira; 2, Antonio M. Suárez. Principal, Arcadio Dulcey. Suplentes: 1, Pedro León Moreno; 2, Julio Rojas. Principal, Sixto A. Zerda. Suplentes: 1, Rubén Rueda; 2, Luis A. Medina. Principal, Bernardino Vargas. Suplentes: 1, Román Segura; 2, Jorge Roa Ramírez. Minoría: Principal, Luis A. Mariño Ariza. Suplentes: 1, Ozías S. Rubio; 2, Pedro Avendaño. Principal, Diego Mendoza Pérez. Suplentes: 1, Manuel Pinzón; 2, Rafael Romero. (1)



### Concurso de «Revista Moderna»

Agradecemos el envío de las siguientes producciones, presentadas al Concurso para la mejor novela corta con argumento histórico nacional: *Como en otro tiempo*, P. Aga; *El abismo sacro*, Jor de L'evy; *Misterios de la Revolución*, S. E. O.; *Floraciones de la Vida*, R. Criado; *El Húsar de la muerte*, Pólux; *Jornadas heroicas*, Erebo; *Un idilio en la Reconquista*, L. Onor; *La epopeya del Sargento*, Carátula; *El beso de la gloria*, Sio; *Ytayame o la nieta del Inca*, Nemo.

Los trabajos firmados P. Aga, Jor de L'evy, R. Criado y S. E. O., muestran cualidades de estilo y de imaginación por que felicitamos a sus autores, pero no satisfacen el objeto buscado, lo que nos obliga a prescindir de su publicación. Los originales y las cubiertas cerradas que contienen los nombres, quedan en la Dirección de la REVISTA a la orden de los respectivos autores.

(1) En la entrega de mayo aparece publicada la lista de Senadores.

## BIBLIOGRAFIA

*Les Démocraties Latines de l'Amérique*, F. García-Calderón, (Paris—Ernest Flammarion, 1912).

Los que se preocupan del porvenir del Nuevo Mundo, donde habrá de renovarse la civilización occidental, encontrarán en la obra del diplomático peruano una especie de índice general, vasto panorama desarrollado a vuelo de pájaro y cuyos pormenores tocará precisar a cada cual según su país y de acuerdo con los problemas cuya solución lo preocupe más directamente. En sus páginas quedan planteadas, en estilo ameno y brillante, las cuestiones que habrán de confrontar las repúblicas suramericanas en un futuro inmediato: el problema político dada la idiosincrasia de cada pueblo, el problema económico tras el cual asoma el vasallaje comercial, el problema de la inmigración con las dificultades de idioma y de sangre.

En lo referente a la historia política de Colombia, no reconoce García-Calderón sino dos serias influencias, la del General Tomás C. de Mosquera y la del doctor Rafael Núñez; y trae como causa de nuestras revueltas civiles, las diferencias de principios al paso que en algunas naciones hermanas sólo encuentra móviles de caudillaje primitivo. De nuestro desarrollo filosófico y literario, pasado y presente, se ocupa de paso y sin guardar noción de proporciones.

Después de esbozar la historia de cada pueblo, el autor los toma en conjunto, como fragmentos de un bloque que ha de oponerse al empuje de otros elementos y otras razas. A la América latina toca imprimir un nuevo movimiento a la civilización occidental y marcarla con sello propio si no quiere traicionar sus grandes destinos.

---

*De Popayán a Quito*.—Impresiones de viaje por Antonino Olano. (Quito, Tip. Salesiana, 1915).

Es un ameno e interesante libro en el cual su autor nos relata de manera sencilla y gráfica, su viaje de la capital del Cauca a la capital del Ecuador. Este libro viene a tiempo. Solemos ignorar a nuestros hermanos en raza e historia y encarrilamos nuestra curiosidad hacia países exóticos, a los cua-

les no nos une ningún vínculo. Por lo general se ignora en Colombia la situación industrial y económica del Ecuador. El libro del señor Olano nos da una visión bastante exacta del Ecuador moderno, que se transforma y toma franco rumbo hacia un progreso definido. Los capítulos «Sobre Industrias» y «Asuntos Económicos» merecen particular atención, en especial el último, en el cual se trata el asunto «emisión bancaria», problema que parece satisfactoriamente resuelto en la república hermana merced a una acertada ley sobre Bancos, y que es de palpitante actualidad en Colombia, en donde tan importante cuestión no ha sido todavía solucionada.

### LIBROS Y REVISTAS

Agradecemos el envío de las siguientes publicaciones:

LIBROS: *Archivo Santander*, Vol. V. Director, Ernesto Restrepo Tirado. *Deshojando el Silencio*, por Julio Raúl Mendilaharsu (París).—*De Re Métrica*, por Ciro Molina Garcés (Bogotá).—*Del Pago por Consignación*, por Nicolás Gamboa (Bogotá).—*La Ortografía y los Cuatro Senadores*, por Umberto Enriquez (Valparaíso).—*La Lor Intelectual* (artículos varios, novela, poesía), por Temístocles Avella M. (Bogotá).

REVISTAS: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, números 101 a 105 (Bogotá).—*La Cuna de América*, Emilio A. Morel, números 13 y 14 (Santo Domingo).—*Horizontes*, RR. PP. de la Compañía de Jesús, número 46 (Bucaramanga).—*Proteo, Artes y Letras*, número 2 (Montevideo).—*Eco de los Andes*, año II, número 2 (Bogotá).—*Omega*, Tomás Calderón, número 3 (Salamina).—*Danida*, Félix Mejía A., números 4 a 10 (Medellín).—*Hispania*, S. Pérez Triana, año IV, número 41 (Londres).—*Popayán*, A. Olano, M. Arroyo Diez, A. Aragón, T. Maya M., número 62 (Popayán).—*Boletín de Historia y Antigüedades*, Órgano de la Academia Nacional de Historia, Pedro M. Ibáñez, año X, número 109 (Bogotá).—*Cuba Contemporánea*, Carlos de Velasco, junio, 1915 (Habana).—*América Latina*, número 3 (Londres).—*Unión Ibero Americana*, Manuel de Seralegui y Medina, abril, 1915 (Madrid).—*Boletín Comercial* (Órgano de la Cámara de Comercio), números 29 y 30 (Medellín).—*Alma Nueva*, E. Correa Uribe, etc., número 3 (Manizales).—*Letras*, Isaac J. Barrera, número 29 (Quito).—*Colección Ariel*, J. García Monge, número 57 (San José de Costa Rica).